

El contexto determinante del genocidio de Gaza: ¿sumisión o exterminio?

Alberto Hidalgo Tuñón. Universidad de Oviedo (España)

Recibido 13/12/2025 • Aceptado 21/01/2026

Resumen

Se trata de entender el contexto determinante que ha posibilitado la cruel guerra de Gaza que ha durado más de dos años sin que las hostilidades hayan cesado tras el supuesto acuerdo de paz. Para ello se explica, en primer lugar, el contexto político interno de Israel, cuyo primer ministro actual, B. Netanyahu, era ya jefe del Likud e inductor intelectual del asesinato de Isaac Rabin, que frustró las intenciones del Partido Laborista de reconocer a la OLP el derecho a un Estado palestino libre. El segundo factor del contexto a explicar concierne al enfrentamiento étnico religioso entre árabes y judíos que se remonta a la disolución del Imperio otomano al término de la Primera Guerra Mundial. Entender los vaivenes de la administración británica sobre los territorios de Palestina exige remontarse a los cambios históricos que afectaron a los pueblos litigantes desde la ilustración por lo menos, pero que tiene como antecedente inmediato la rebelión árabe tal como fue narrada desde dentro por Lawrence de Arabia. Finalmente, el tercer factor del contexto determinante obliga a profundizar en las relaciones entre la yihad islámica y el proceso de globalización que han venido a dibujar los contornos geoestratégicos de la actual marea conservadora, cuyo liderazgo más extremista ostenta el presidente Donald Trump, cuyo plan de paz en veinte puntos parece haberse estancado.

Palabras clave: contexto determinante, Franja de Gaza, globalización, Imperio otomano, sionismo, yihad.

Abstract

The determining context of the genocide in Gaza: submission or extermination?

The aim is to understand the determining context that has enabled the brutal Gaza war, which has lasted more than two years without hostilities ceasing despite the supposed peace agreement. To this end, the internal political context of Israel is explained first. Its current prime minister, B. Netanyahu, was already the leader of Likud and the intellectual instigator of the assassination of Yitzhak Rabin, which thwarted the Labor Party's intentions to recognize the PLO's right to a free Palestinian state. The second contextual factor to be explained concerns the ethnic and religious conflict between Arabs and Jews, which dates back to the dissolution of the Ottoman Empire at the end of the First World War. Understanding the shifts in British administration over the territories of Palestine requires going back to the historical changes that affected the warring peoples, at least since the Enlightenment, but which has as its immediate antecedent the Arab Revolt. Finally, the third factor forces us to delve deeper into the relationships between Islamic *jihad* and the process of globalization that have come to define the geostrategic contours of the current conservative tide, whose most extreme leadership is held by President Donald Trump.

Key words: determining context, Gaza Strip, globalization, Ottoman Empire, zionism, *jihad*.

El contexto determinante del genocidio de Gaza: ¿sumisión o exterminio?

Alberto Hidalgo Tuñón. Universidad de Oviedo (España)

Recibido 13/12/2025 • Aceptado 21/01/2026

§ 1. Introducción

Andan periodistas, políticos y tertulianos enzarzados en la pelea semántica de si las matanzas sin cuartel que practica el ejército de Israel sobre la población civil de Gaza, cuya única finalidad es el *exterminio* de un pueblo, es o no un *genocidio*. El precario alto de las hostilidades impuesto por el déspota Donald Trump no permite a los medios internacionales entrar en la zona devastada para comprobar la veracidad de las imágenes que nos han llegado, lo que es un indicio de que lo que ha ocurrido supera con creces en crueldad a lo que los aliados encontraron en los campos de concentración nazi. De hecho, la supuesta paz del plan de Trump en veinte puntos consiste en un ultimátum a los gazatíes palestinos para que elijan entre la sumisión o el exterminio. ¿Plan de paz o ultimátum al gobierno de Hamas?

Quienes compran el relato de Netanyahu, quien hasta ahora ha evitado sagazmente caer en las manos del Tribunal Penal Internacional que ha ordenado su arresto por crímenes de guerra, arguyen que no hay genocidio hasta que no lo dicte un tribunal, mientras sus tropas defienden que los nazis no repartieron octavillas a los judíos en Europa invitándoles a marchar minutos antes de ejecutarlos. Quienes contemplan las imágenes del territorio asediado donde se ha expulsado a la prensa internacional, sienten la ignominia de quienes sus gobiernos no hacen nada para evitar semejante masacre ¿Quién puede creer que la muchedumbre de desarrapados que huyen como pollos sin cabeza de un lado para otro (de norte a sur y de este a oeste) mientras matan a sus mujeres, niños, médicos, periodistas son todos terroristas de Hamás? ¿Son los ciudadanos o votantes responsables de las fechorías de sus gobernantes? Peor aún, después del alto el fuego y de la devolución de todos los rehenes que estaban todavía

en poder de Hamás, las tropas israelíes siguen bombardeando la Franja de Gaza y obstaculizando la llegada de ayuda humanitaria, *à quoi bon?*

Tras el cese de los bombardeos por la aceptación de Hamás del armisticio, queda sin respaldo la versión de los soldados israelitas de estar librando una guerra de guerrillas tan compleja que no están capacitados para entender, pero sí para reprimir y odiar a todos aquellos que no compran su incongruente discurso. De hecho, el ejército israelita sigue desplegado en más del 50% del territorio gazatí y matando palestinos que violan supuestas fronteras que, al no estar señalizadas, permiten seguir la purga genocida con menos intensidad. Pero, por favor, es terrorista el que siembra el terror y quien está aterrizando de verdad a todo el mundo es el ejército judío que intenta justificar con el nombre de «guerra» una masacre sin compasión llevada a un territorio que no le pertenece y que quiere anexionarse desde la época de Abraham. ¿Acaso este debate puede ocultar la ignominia del verdadero culpable de esta masacre humana que se escuda bajo la cortina bíblica de la promesa que un dios, el viejo Yahvé, le hizo al caldeo Abraham de Ur? La promesa de otorgarle la Tierra Prometida, Canaán, una tierra que en la actualidad comienza por el sur precisamente en la Franja de Gaza y además del Estado de Israel, comprende Palestina, la zona occidental de Jordania, el Líbano y la zona sur de Siria hasta la desembocadura del río Orontes en el norte. Pero ¿acaso Abraham no es también el profeta originario que invocan los musulmanes para quienes el Pentateuco es el antecedente profético a cuya estirpe se acoge Mahoma, el último profeta a quien Alah dicta el Corán? ¿Por qué en Israel triunfa el relato de la victimización y la supervivencia del pueblo judío en lugar de reconocer la práctica del *hegemonismo legal* que llevan a cabo por poderes del Estado de Israel contra los árabes palestinos?

En Europa y en las sociedades democráticas europeas resulta muy difícil entender cómo un delincuente sin vergüenza como Netanyahu puede gozar del apoyo que tiene entre el pueblo de Israel, en particular, entre los sionistas y los ortodoxos. Solo tras desbaratar la «flotilla» humanitaria que intentó llevar comida y medicamentos a una población asediada y bombardeada de dos millones de víctimas, la opinión pública europea se acaba de dar cuenta de que Israel actúa no ya como una pandilla de piratas que extorsionan la legalidad internacional, sino como un Estado delincuente que intenta dictar sus caprichos al resto de las naciones con la protección de USA, que actúa

como el «primo de Zumosol» en un patio de colegio. ¿Con qué autoridad o mandato sostiene que la costa de la franja de Gaza es una «zona de exclusión»? ¿Qué clase de democracia puede amparar tanto autoritarismo? ¿Por qué los países europeos en lugar de proteger a sus ciudadanos cuando actúan bajo el mandato de la ONU y del derecho humanitario universal miran a otra parte y tratan con diplomacia a quienes maltratan a sus propios ciudadanos? ¿Qué complicidad oculta vincula al llamado Occidente con la tradición judía para que los neoconservadores ultraliberales argumenten que la guerra de Gaza es el muro de contención contra las amenazas de Oriente? ¿Acaso los enemigos en guerra no pertenecen todos a la estirpe de Abraham? ¿Por qué la Tumba de los Patriarcas, donde están enterrados los antiguos profetas de Israel y del islam, ubicada en Hebrón (Cisjordania) ha sido y sigue siendo objeto de vivas disputas religiosas a lo largo de la historia?

§ 2. La situación interna del Estado de Israel

Empezaré por intentar comprender la situación interna, en la que la existencia de partidos políticos que concurren a la constitución de un parlamento (la Knesset) justifica formalmente hablar de democracia (gobierno del pueblo). Dejando de lado el examen jurídico del sistema de leyes del Estado de Israel, cabe preguntar de qué pueblo estamos hablando y cómo se formó desde que en el siglo XIX todo ese territorio formaba parte del Imperio otomano, que se disolvió tras la Primera Guerra Mundial en 1918. Suele citarse como principal antecedente de la forja del Estado de Israel la llamada *Declaración de Balfour* de 1917, por la que el Imperio británico veía favorablemente el establecimiento de la patria judía en Palestina, entendiendo que esto no perjudicaría los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías que poblaban ese mismo territorio.

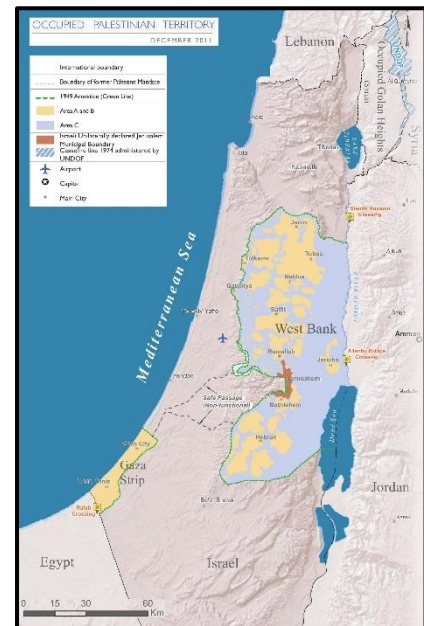


Imagen 1: OCHA: Situación de los territorios ocupados por Israel, en diciembre de 2011.

Es muy difícil entender la mentalidad de pueblo elegido por Yavéh, capaz de resistir la presión externa de todos los demás pueblos de la tierra, sin aludir a la historia de los asentamientos judíos en Europa desde el siglo XVIII, cuando se produjo la *Haskalá* de Moses Mendelssohn (1729-1786), quien, por cierto, le ganó al propio Kant el concurso de ensayo de la Academia de Berlín en 1764. La *Haskalá* es la Ilustración judía que dio a luz a movimientos reformistas y conservadores, que animaba a la asimilación cultural dentro de los países en los cuales residían los judíos en oposición al judaísmo *jasídico* del rabino ucraniano Israel ben Eliezer (1700-1760). Este reclamaba el seguimiento estricto de los preceptos de la Torá. Más allá y por debajo de la división entre sefardíes hispanoportugueses y askenazíes centroeuropeos, estos dos movimientos, *haskalá* y *jasidismo*, formaron la base de las divisiones modernas dentro de la sociedad judía e influyen en la confrontación ideológica de los partidos que conforman el parlamento actual. El partido Yair Lapid, que cuenta con 24 escaños, más que el Partido Laborista en declive, al que le quedan 4 escaños, concentra lo que resta de la *haskalá* judía, que son los laicos poco interesados en la religión, pero no contrarios a ella. Los sociólogos israelíes diferencian de este grupo a los tradicionalistas con prácticas religiosas parciales, los ortodoxos de práctica estricta y los ultraortodoxos, que se oponen a la Modernidad y practican el separatismo social: vestimenta específica, barrios específicos, instituciones religiosas específicas.

Pues bien, la *Declaración de Balfour* contó con el respaldo de varios países, incluyendo Estados Unidos, de modo que este documento sirvió de base después de la Primera Guerra Mundial para que Gran Bretaña fuese la depositaria de los derechos de administración de todo el territorio de Palestina que la Sociedad de Naciones le concedió tras el conflicto. Por cierto, esta es la legitimidad a la que apela el plan de Trump para la pacificación de la guerra actual y por la que quiere poner a Tony Blair como administrador de la autoridad en Gaza para garantizar el cumplimiento de la tregua entre Israel y el grupo terrorista Hamás. Así que lo que pretende es rebobinar la historia 80 años, seguramente para minar la autoridad de la ONU, cuya legitimidad es posterior a la de la Sociedad de Naciones. Pero la historia de los asentamientos judíos viene de mucho más atrás, y sus conflictos eran de un calibre que la administración británica no tuvo en cuenta y por eso sufrió un terrorismo continuado

en sus territorios. Aviso para navegantes sobre presencia de bandas armadas en el interior de Gaza, cuyas rencillas serán aprovechadas en el futuro.

Dejando de lado la historia de Israel desde la dominación romana (durante la que tuvo lugar la venida del Mesías más famoso, Jesús de Nazareth, que sirvió a Saulo de Tarso para fundar el cristianismo) y las posteriores dominaciones de bizantinos y musulmanes, son de destacar, en el siglo XVII, los acontecimientos que rodearon la llegada del autoproclamado Mesías Sabatai Zeví, que Gabriel Albiac ha recordado a propósito de su trabajo sobre la *Sinagoga vacía* y que fueron la causa de la masacre de los judíos de Safed y Jerusalén¹. Por cierto, la ciudad de Safed de unos 40 000 habitantes, ubicada en un peñasco a 900m de altura sobre la depresión del mar de Galilea, es la más reciente ciudad santa de los judíos, que desde la Edad Media se convirtió en un importante centro de estudios talmúdicos con tres sinagogas y varios museos. Bastión construido por los cruzados, allí se asentaron rabinos expulsados de España y Portugal como Jacob Berab y Joseph Caro de ascendencia sefardí y después el místico y cabalista procedente de Egipto Isaac Luria, de padre askenazí y madre sefardí, de modo que Safed se convirtió en el centro espiritual del judaísmo en el período otomano.

¹ Analiza Albiac las repercusiones que tuvo entre los judíos de la diáspora tanto sefardíes hispano-portugueses como *ashkenazim* centroeuropeos el fiasco que supuso la conversión al islam del autoproclamado Mesías Sabatai Zeví, apoyado por el rabino alemán Natán de Gaza: «En el 1666 (16 de septiembre), un psicótico depresivo de nombre Sabatai Zeví, abjura, bajo amenaza de muerte, de su judaísmo ante el Sultán Mehemed IV en Andrinópolis y acepta hacerse musulmán bajo el nombre de Mehemed Effendi. Dieciocho años antes, en la Sinagoga de su natural Esmirna, había osado la transgresión suprema de la Ley, al proferir en voz alta el *Tetragrámaton*, el Nombre inefable del Altísimo. Había nacido en un día 9 del mes de Ab —tal como la tradición lo exige para un Mesías— del año 1626 y durante el período de algo más de un año que va de mayo de 1665 a septiembre de 1666, fue masivamente considerado por la diáspora judía y casi unánimemente por la sefardita— como el mesías hijo de David, encargado de establecer en Jerusalén un Reino que no habría de ser solo espiritual» (Albiac, 1987: 32-33). Liga Albiac la publicación anónima del *Tractatus theologico-politicus* de Espinosa en 1670 a los acontecimientos que se sucedieron desde 1648 cuando la rebelión cosaca de Chmielnicki provocó el mayor genocidio judío en Polonia antes del Holocausto, lo que provocó la huida de miles de *ashkenazim* a Holanda. Espinoza que había sido expulsado de la Sinagoga de Ámsterdam en 1656 contempla la euforia de los judíos en 1665 por el advenimiento del Mesías y hace públicas sus críticas racionalistas a las concepciones judeocristianas sobre la política, apostando por la democracia que vincula individuo y Estado. Albiac reproduce en un apéndice el informe que hace el jesuita Carlo Alfano a sus superiores sobre Sabatai Zeví en diciembre de 1666, (pp. 441-452), subrayando que según el *Zohar* el número 666 el número de la bestia. Dado que el 408 equivale a 1648, Albiac sentencia que en esos 18 años se produce la «quiebra irreversible de la más cara de las ideas religiosas del mundo judeocristiano: la teleología histórica. Pasada la resaca amarguísima de la inalcanzada apocatástasis, nada luego del último día del año 1666 podrá volver a ser lo mismo».

Pues bien, siguiendo al mejor estudioso de la tradición judía Gershom Scholem acierta Gabriel Albiac a diagnosticar el caso de Sabatai Zeví como la culminación de la ideología mesiánica en el judaísmo, su punto de no retorno y el comienzo de la Modernidad, los dolores finales de parto mesiánico en el pueblo de Dios. Y no es irrelevante recordar que esta postrera humillación del mesianismo cabalístico que sufre la diáspora judía se produce a manos de un emperador otomano, Mehmed IV, que obliga a Sabatai a abrazar el islam que es la religión que siguen practicando los árabes palestinos hoy. Glosa Albiac la excitación triunfalista que recorrió las sinagogas de todo el mundo, personificada en la carta que desde Hamburgo le dirige el Aaron Sarphati a su amigo Jacob Sasportas que era el único en Ámsterdam que se oponía al *delirio colectivo de estúpida piedad* que invadió las sinagogas holandesas en tiempos de Espinosa «¿Qué dirás tú cuando oigas dentro de dos o tres semanas que el Gran Turco ha colocado la corona real sobre la cabeza del mesías y que le ha dado todo el país de Judá y Jerusalén?»².

Albiac invita a reflexionar sobre la paradoja ontológica de que la apostasía misma sea la esencia prístina de la *mesianidad*, según la retorcida interpretación del cabalista Natan Benjamín de Gaza (a quien Scholem llama Juan Bautista y Saulo de Tarso):

El hecho de que su proclamación mesiánica haya sido la única —digo bien: la *única*— universalmente aceptada (las excepciones no sobrepasan lo personal y anecdótico) por la diáspora judía a lo largo de *toda su historia*, constituye un dato que no puede sino ser tenido como, cuando menos, expresivo de un punto de no retorno en ese elemento esencial de la identidad judaica que es el mesianismo; tal vez el umbral de su modernidad. «Todos los movimientos mesiánicos anteriores, desde Bar Kokhba, que dirigió la rebelión judía contra Roma en 132-135 —escribe Scholem— se limitaban a una zona determinada. En algún lugar, un profeta, o incluso un mesías, se erigía, proclamando la proximidad del fin de los tiempos, y lanzaba un movimiento circunscrito a una provincia o a un país. Jamás había habido antes un movimiento que sacudiera a toda la casa de Israel». Jamás volverá a haberlo [...]. En el increíblemente breve plazo de diecisiete meses que va del encuentro con quien será su profeta e ideólogo, a la apostasía de Andrinópolis, Sabatai Zeví ha desencadenado, por vez única en la historia, los dolores finales del parto mesiánico en el pueblo de Dios [...]. Ha sido AMIRAH (nuestro señor y rey, cuya majestad se exaltada), el enviado de Adonai,

² El estudio más completo del sabataísmo es la monumental obra de Gershom Scholem (1983).

en el instante mismo de ir a cerrar la Historia, ese largo camino de lágrimas de la *Chekhina* cabalística al que llamamos Historia. [Albiac, 1987: 38, n. 38 y n. 39]³

Pero vayamos a los datos históricos probados para entender cómo el territorio de Palestina controlado hoy por los judíos estaba habitado por musulmanes hasta bien entrado el siglo XX. El terremoto de Cercano Oriente de 1759 destruyó gran parte de Safed, matando a 2000 personas, de los que únicamente 190 eran judíos, lo que permite entender tanto la escasez del número de judíos en el Imperio otomano como el tipo de estrategia que sigue hoy la política de asentamientos del Estado judío. Por ejemplo, Mahmud Abás, líder de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) y actual presidente del Estado de Palestina, tiene prohibido visitar regularmente Safed, donde había nacido en 1993. Pero ya desde el siglo XVIII, dejando de lado el enriquecimiento cultural para los estudios talmúdicos que supuso el asentamiento de los discípulos de Gaon de Vilna, R. Hayim de Vilna y R. Israel ben Samuel de Shklov, que formaron la base de las comunidades askenazíes de Jerusalén y Safed y la creación de lo que era conocido como el *Kolel Perushim* (estudiosos de la Torá que se aíslan de las preocupaciones mundanas) interesa aquí recordar los antecedentes del dominio británico sobre el territorio de Palestina, que permite también entender la confrontación actual entre árabes y judíos y que se encona con el predominio de las familias askenazíes en Jerusalén, cuya comunidad judía hasta este momento era en su mayor parte sefardita. Y es que el retorno de los judíos de la diáspora al territorio otomano fue primero el de los sefardíes hispano portugueses que abandonaron la península ibérica cuando la cristiandad luchaba contra los turcos en el Mediterráneo, mientras que a partir del siglo XVIII se nutrió, sin embargo, de europeos de del norte y del centro. Muchos de los descendientes de los discípulos de Gaon de Vilna (1720-1797) se convirtieron en figuras principales en la actual sociedad israelí.

Hay que recordar que el dominio europeo sobre este territorio comienza con la confrontación entre los franceses de Napoleón y los británicos que apoyaron a los turcos otomanos en el famoso asedio de Acre en 1799. El asedio acabó con la derrota

³ El verbo hebreo *Chakar*, que significa ‘escutar’ hace alusión al conocimiento último de la cosa. La conciencia *chakhmah* es la que permite alcanzar las *Sefirot* que son inefables y que según la obra más antigua de la cábala, *Sefer Yetzilah* no pueden ser entendidas verbalmente, pues las palabras del entendimiento son los senderos para alcanzar la sabiduría. La edición más completa del libro es la del rabino.

de Napoleón a mano de los británicos, de modo que el proyecto francés de materializar un Estado judío en Jerusalén nunca se llevó a cabo. La conexión del pueblo judío a la tierra se mantuvo con fuerza, pues durante todo el período otomano persistieron comunidades agrícolas autónomas que acabaron coordinándose en el siglo XX, como veremos. Pero como constataba el famoso geólogo Sir John W. Dawson a finales de siglo XIX la Tierra de Israel, que más bien era Palestina, no tenía dominio territorial alguno más allá de una multitud de tribus itinerantes que arrendaban tierras en asentamientos temporales. Ahora bien, hacia 1882 había unos 25 000 judíos agrupados en Ha-Yishub, que era una especie de organización de defensa de asentamientos religiosos y agrícolas, que vivían principalmente en Jerusalén, Safed, Tiberíades y Hebrón, pero también en pequeños asentamientos en Haifa, Acre, Nablus y hasta 1779 en Gaza. Antes del sionismo moderno, el Viejo Yishuv se dedicaba a estudiar la Torá y vivía de la caridad (*halukka*), que obtenían de las donaciones de la diáspora. Esta organización caritativa de defensa, no obstante, suscitaba ya el recelo de la población árabe palestina, cuyos pobres dependían más de limosnas esporádicas que de una organización solidaria. El recelo antijudío se encontró durante el mandato británico hasta desembocar en la sublevación árabe de 1936 a 1939, causada por la protección británica del Nuevo Yishuv que fomentaba la independencia económica y una cierta ideología nacionalista.

En esta tierra de paso, sembrada de conflictos a lo largo de dos mil años, más que la historia de las guerras étnicas y políticas prevalecen los relatos de distintas épocas que se solapan. Como quiera que en el ámbito de los relatos llevan ventaja los judíos, que cuentan con los dos relatos bíblicos más antiguos, el de Moisés que cubre desde el Pentateuco hasta Reyes que termina con la división de las tribus en dos reinos, después de Salomón: el de las diez tribus de Israel, cuya identidad se pierde en las sucesivas diásporas y el de Judá que, junto a la tribu de Benjamín, se vindica como la ortodoxia judía. Es verdad, no obstante, que entre los judíos es difícil hablar de ortodoxia, pues no existe nada similar a un clero organizado bajo el mandato de un papa como en el catolicismo. De ahí que la pregunta de «¿por qué no asume el pueblo de Israel que lo que están haciendo en Gaza no sólo es una canallada sin nombre, una ignominia que no hay dios que lo perdone ni tribunal humano que lo ampare?» no puede responderse sin aludir a la interpretación de los textos que hacen las distintas facciones hebreas.

La situación es compleja en una cultura milenaria que, como se sabe, ha construido el *primer relato* para justificar todas las barbaridades imaginables, pues no otra cosa es la Biblia, en particular, el llamado Antiguo Testamento, donde se suceden censos tribales, matanzas de enemigos, venganzas divinas, violaciones, estupros y asesinatos sin cuento. En Israel no hace falta explicar que la prensa y las redes sociales ocultan lo que está ocurriendo a unos pocos kilómetros, ni tampoco se puede atribuir al cine la violencia estructural que rezuma en sus calles. Bajo el paraguas formal de la democracia se ocultan los intereses de los señores de la guerra, de los partidos sionistas, del conservadurismo social y de los intereses monetarios ultraortodoxos.

Pero todo ello se reviste teocráticamente con las distintas interpretaciones que cada grupo hace de los textos sagrados. El libro del *Zohar* o del *Esplendor*, que es el texto fundamental de la Cábala judía, tras establecer que «el mundo no subsiste, sino por el secreto», amenaza con toda clase de desgracias a quien pretenda entender las Sagradas Escrituras en su sentido literal:

¡Desdichado de quien pretenda que las Sagradas Escrituras no nos enseñan más que simples cuentos y cosas vulgares! Si esto fuera cierto, también nosotros podríamos hacer unas Escrituras que fueran superiores [...] el sentido literal es su aspecto externo; ¡Y pobre de quien lo confunda por su propia esencia! Tal individuo no tendrá parte en el mundo venidero. [*El Zohar*, 2012: 34]

17

eikasía
N.º 135
Marzo-abril
2026

Puesto que los hechos, los datos, los acontecimientos externos que ocurren en el mundo del abajo social (*de tejas abajo*, se dice en católico) ocultan el verdadero sentido interior, que es su alma, la verdad divina, solamente valen y tienen sentido las interpretaciones religiosas de los rabinos.

Así, por ejemplo, el grupo de Aryeh Deri, fundador y líder del partido Shas (Asociación Internacional de los Sefardíes Observantes de la Torá) está apoyado por los judíos ultraortodoxos (jaredíes), que viven de las subvenciones estatales en barrios separados, vestidos de negro y dedicados al estudio de la tradición religiosa y a la oración, que son los verdaderos intérpretes del sentido de la historia. Aryeh Deri ha sido nombrado viceprimer ministro en el último gobierno de Netanyahu y, aunque incurso en procesos de corrupción, por los que ya ha sido condenado en anteriores gobiernos (también de Netanyahu), goza del máximo poder, a pesar de ser la cuarta fuerza con once escaños. Enemigos de la televisión, de la ciencia, de toda la

modernidad creen que la Torá (los libros del Pentateuco) ha sido revelada directamente por Dios a Abraham. Para ellos el Estado carece de legitimidad, pues en el ejercicio del poder se aplican dos principios fundamentales en el mundo jaredí: *Daat Torah*, «lo que dice la Torá», y *Emunat Jajamim*, «la fe en los sabios». Según esto, todos los pensamientos, todas las acciones están gobernadas por los textos sagrados. No hay posibilidad alguna de combinarlos con ninguna otra fuente de inspiración, con otra filosofía. Y es que la ley religiosa no existe para regular una parte específica de la vida, sino la vida en su integridad.

Al depender de las subvenciones estatales, los grupos ultraortodoxos, que además por mandato divino forman familias numerosas de cinco a diez hijos, son una fuerza electoral incondicional. Pero no es esta dependencia la principal debilidad de Netanyahu, cuya investidura se produjo el 29 de diciembre de 2022 gracias a una coalición de seis partidos entre los que logró espigar 63 votos contra 54 diputados que votaron en contra y 3 que se abstuvieron. Que las cifras no cuadran se deduce fácilmente, pues de los 80 escaños teóricos que suman los síes, partidos que le apoyan, es claro que a Netanyahu le fallaron 17, de los que 14 votaron en contra y 3 se abstuvieron. Es difícil saber qué insidias, corruptelas y traiciones subyacen a la distribución de los treinta y tres ministerios, nueve ministros sin cartera y siete viceministros, pero en el que los partidos ultraconservadores salen muy favorecidos. En particular, la coalición ultraconservadora del sionismo religioso y el ultranacionalista Otzma Yehudit, que cuenta con 14 escaños encabeza ocho ministerios decisivos: el de Seguridad Nacional, el de Defensa y el de Hacienda entre otros relacionados con el control del territorio, lo que les permiten proteger las ocupaciones ilegales. Es decir, más del 50% de sus diputados son ministros entre ellos el provocador líder de Poder Judío, que vive en la Cisjordania ocupada y odia a los árabes, apoyando al grupo terrorista y supremacista judío Kach, ahora ilegalizado, y que destaca por sus despectivas bravuconadas amenazando a Netanyahu con abandonar el gobierno si afloja su lucha contra los árabes.

Así pues, el gobierno de Netanyahu depende críticamente del apoyo de los judíos ortodoxos fundamentalistas y de los supremacistas violentos que aspiran a limpiar su territorio de los malvados árabes asesinos, que apoyan a los terroristas de Hamás, incluidos los sufridos habitantes de Cisjordania. Es importante tomar nota por parte

de los que hemos sido educados en naciones europeas, entre los que predomina el cristianismo en sus distintas variedades y creemos en una clara separación entre Iglesia y Estado, porque para el fundamentalismo hebraico las cosas son muy diferentes. En primer lugar, no acatan las leyes del Estado judío, ni la constitución, ni la democracia, porque ello supondría situar la opinión de la mayoría por encima de Dios. Para los judíos ortodoxos piadosos toda autoridad procede de la Torá escrita que son los cinco libros de Pentateuco, la Torá oral (en hebreo romanizado: *Tōrā šēbbā 'al-pe*), que consiste en interpretaciones y amplificaciones que según la tradición rabínica han sido transmitidas de generación en generación y se encuentran recopiladas ahora en el Talmud y el Midrash y, por último, aunque no en último lugar, del rabino de su sinagoga, pues los rabinos son «sabios» o «grandes de la Torá», que tienen poder absoluto sobre su grey y, a menudo, son objeto de un verdadero culto a la personalidad, porque poseen un «conocimiento supremo», ya que saben lo que sucederá a largo plazo, en un nivel superior.

Puesto que el Talmud, que significa «instrucción, enseñanza» es un inmenso código civil y religioso, elaborado entre el siglo III a. C. y el V d. C. por rabinos y estudiosos hebreos de Babilonia e Israel, no es extraño que los jaredíes ultraortodoxos no tengan tiempo para otra cosa que para estudiar la tradición y deban vivir subvencionados. Hasta los doce años, el varón judío estudia la Ley y va interiorizando los 613 *mitzvot* (preceptos rituales) que estudian y practican muy escrupulosamente. A partir del *Bar Miswah* (ceremonia de mayoría de edad religiosa) se inicia el estudio del Talmud, Agadá y Halaká. Solamente a partir de los 40 años de edad, si ha conseguido un dominio de la tradición judía, puede iniciarse en el estudio de la Cábala que es la vertiente de la tradición mística judía. Existen dos conocidas versiones del Talmud: el de Jerusalén (Talmud Yerushalmi) y el de Babilonia. Ambas versiones fueron redactadas a lo largo de muchos siglos por generaciones de eruditos provenientes de muchas academias rabínicas establecidas desde la Antigüedad. Es muy difícil llegar a dominar el abanico de textos judíos dentro y fuera de la ortodoxia, por lo que los poderes fácticos pueden acogerse a la interpretación que más les convenga. En la literatura rabínica, aunque parece haber acuerdo en que los cinco libros de la Torá y las enseñanzas orales que fueron escritas durante el cautiverio proceden de Dios a través del profeta Moisés, según el Midrash, la Torá es revelación divina antes de la

creación del mundo, ya que Yahvé la usó como plano de la creación. De ahí toda la tradición cabalística que para explicar la revelación divina incorpora toda suerte de escritos gnósticos, mágicos y cosmológicos.

En esta situación, son muy pocos los activistas que se atreven a denunciar el genocidio y que están luchando por revertir la situación que pasa por cambiar el gobierno y cambiar los votos. Además de los dos partidos árabes que cuentan con 5 escaños cada uno, la oposición parlamentaria pivota sobre los 24 escaños que obtuvo el partido Yesh Atid (Hay Futuro) de corte laicista y centrista, que pese a su juventud (fue fundado en 2012 por el periodista Yair Lapid que sigue siendo su líder) cuenta con un respaldo de más de 800 000 votos. Frente al fanatismo colectivo, que fomenta Netanyahu, el partido de Lapid busca reformar el sistema de gobierno y terminar con las exenciones a judíos ultraortodoxos, obligándolos a realizar el servicio militar. Es el único partido favorable a crear un proceso de paz renovado con los palestinos, apoyando las viejas propuestas de Rabin y comprometiéndose a detener la construcción de nuevos asentamientos de colonos.

Este liberal independiente de 62 años que fue primer ministro, aunque por poco tiempo en 2022, popular escritor, actor y presentador de TV es el principal rival político de Netanyahu en Israel, pero tiene en contra a todos los partidarios del régimen teocrático del sionismo. Por el contrario, Netanyahu delira creyendo ser la reencarnación de Sansón, o de los primeros monarcas, Saúl y David, que está reproduciendo las míticas luchas contra los filisteos que se cuentan en los libros de Samuel, al tiempo que es el cínico sinvergüenza que pacta con Trump robar el territorio de Gaza para su proyecto inmobiliario. No hace falta recordar que la franja de Gaza es la tierra de los malvados filisteos y que el joven David mató al gigante Goliat antes de ser rey. Para la mitología israelita poco importa que las víctimas sean madres, niños y niñas, ni que sus bombas destruyan hospitales, maten a médicos y periodistas, porque detrás de ellos se oculta el malvado «gigante» Hamás que hay que exterminar a toda costa. Pero ¿qué tienen que ver los palestinos musulmanes con los filisteos?

Desde hace 4000 años que tenemos noticias de la tierra de Canaán hasta la proclamación del Estado de Israel, cuya situación interna actual hemos analizado, los judíos siempre han denostado a las naciones que les rodeaban, bien porque les invadían y esclavizaban como los egipcios, asirios, babilónicos o romanos, o bien

porque mantenían con ellos luchas fratricidas como ocurría, como atestigua el Antiguo Testamento con los filisteos. Como quiera que después del dominio de romanos y bizantinos tanto palestina como los territorios circundantes han sido señoreados por distintas versiones del islam, exceptuando el periodo de las cruzadas que han dejado allí una huella imborrable, es necesario bosquejar esta historia para saber quiénes son los enemigos actuales.

§ 3. ¿Quiénes son los «malvados» musulmanes?

Cualquiera que denuncie el genocidio en Gaza será acusado de antisemita y quedará estigmatizado como nazi, aunque se ubique en sus antípodas ideológicos. ¿Qué soporte real tiene ese relato? ¿Por qué prende tan fácilmente en el occidente cristiano? ¿Basta argumentar con el hecho histórico de que, desde la Edad Media, el cristianismo ha estado luchando contra la expansión del islam? ¿Acaso los turcos son árabes? ¿Es posible entender la marea retrógrada actual ignorando completamente las luchas imperialistas que se desataron en la Primera Guerra Mundial y que además de la derrota alemana trajo como consecuencia la disolución del Imperio otomano y el hervidero nacionalista de Oriente Próximo? Quienes arguyen hoy que la lucha de Israel contra los gazatíes es la defensa del Occidente cristiano contra la amenaza del Oriente ¿no están comprando en el fondo el relato del criminal Netanyahu?

Félix Ramajo, por ejemplo, un escolta personal de seguridad que presume de protector universal en el programa del experto en ciencias ocultas Iker Jiménez, para defender el carácter democrático de Israel dice que todos los países que rodean a Israel son antidemocráticos, pura basura humana, que merecen ser exterminados y no tienen derecho a reproducirse. No hace falta argumentar a los lectores de *Eikasía* que si los saberes son ciencias no pueden ser ocultas y que si son ocultos no son ciencias, por mucha audiencia que logren en TV y en las redes sociales. En ese nicho mediático de la pseudociencia florecen de nuevo las semillas fascistas como las que sin tapujos expresa Ramajo. Pero lo que no tiene ningún sentido político, humano, ni antropológico, es justificar el genocidio de todos los países que no sean demócratas, que parece ser el argumento de muchos defensores de Israel. La ignorancia siempre fue muy atrevida, pero ahora se ha hecho descarada.

Siento en este punto tener que oponerme frontalmente al relato de mi amigo Pérez Herranz cuando identifica la península ibérica como la Frontera que actualmente se ha desplazado al frente de combate entre judíos y palestinos, que es una forma más sibilina de identificar a Israel como potencia occidental frente al oriente islámico. Pérez Herranz no incurre en la insultante ignorancia del que hacen gala los voceros de las redes sociales y por eso es más interesante tomar en cuenta sus argumentos. Citaré un solo texto del volumen IV de su, por lo demás erudito, relato metahistórico:

Cristianismo (monarquía carolingia y papado) e Islam (Emirato y Califato de Córdoba, Taifas, invasiones bereberes), quedarán enfrentados y la Península ibérica jugará el papel de Frontera, una frontera muy elástica y maleable entre las cordilleras cántabra y bética, en donde se jugaba una de las bazas más decisivas entre ambas religiones. [Pérez Herranz, 2024: 15]

He expresado mi principal reserva contra esta interpretación metahistórica que en última instancia hace responsable de la arrogancia feudal nacional europea al gnosticismo, que tilda de pseudofilosofía y que describe en términos religioso-heideggerianos del *Dasein* arrojado a este mundo, víctima de una angustia existencial de la que sólo puede librarlo un Salvador, una especie de Mesías profetizado en los libros, pero que necesita del apoyo democrático de un pueblo, en el párrafo final de mi artículo:

Mucho me temo que ni las lamentaciones de Levinas, ni la recuperación de la rica tradición hebrea amparada en las hipercategorías históricas sirvan para disimular ni minimizar *el actual genocidio del pueblo palestino a manos de Israel*, por mucho que se acuda a la Shoah como justificación histórica. [Hidalgo Tuñón, 2024: 67]⁴

Y es que, si hay algún pueblo que mejor personifique esas creencias gnósticas del pueblo elegido amenazado por un entorno de infieles diabólicos que buscan su perdición es el pueblo judío, en cuyo elenco literario se encuentra la Cábala, esa mezcla de magia, cosmología y gnosís, que constituye la culminación de la formación de un

⁴ Este artículo constituye una valoración de los dos primeros volúmenes del proyecto *Más allá de imperios y de naciones* que constituyen el fundamento de la reflexión de Pérez Herranz.

rabino. ¿O acaso no son los fundamentalistas ultraortodoxos los principales valedores de las políticas de Netanyahu en esta guerra?

Pero vayamos a los datos y hechos científicos. Por mucho que los soldados de Israel justifiquen su crueldad en la orden recibida de que «no hay inocentes en Gaza», lo cierto es que los habitantes de la franja comparten una ascendencia genética común reciente. Estudios rigurosos del año 2000 han demostrado que tanto de los judíos de Israel (70%) como de los palestinos musulmanes (82%), pertenecen al mismo grupo de cromosomas (Nebel *et al.*, 2000). ¿Por qué la mayoría de la población palestina es de religión musulmana, lo que convierte al conflicto de Gaza en un enfrentamiento árabe-israelí? Hay que remontarse a la expansión del islam en el siglo VII, para entender las masivas conversiones religiosas que tuvieron lugar entre la mayoría de la gente del lugar por un motivo tan prosaico como evitar la obligación de pagar un impuesto del que estaban exentos las gentes del libro.

Actualmente la mayoría de los palestinos son musulmanes suníes, aunque hay también minorías cristianas, drusas y samaritanas. Antes de la creación del Estado de Israel en 1948, los judíos palestinos formaban parte de la población palestina que se distinguían por no haber sido asimilados cultural y lingüísticamente por los conquistadores árabes. No es del caso recordar aquí la complicada historia en la que se enfrentaron turcos, bizantinos, árabes, mamelucos, cruzados europeos, que, como se sabe, fundaron en 1099 el reino franco de Jerusalén, masacrando tanto a árabes como a judíos, pero cuya limitada duración acabó con la entrada en la ciudad en 1187 del famoso Saladino (Salah al-Dîn), fundador de la dinastía ayubí, quien restauró las mezquitas del islam, dejando el Santo Sepulcro para el culto cristiano y permitiendo a los judíos reconstruir el famoso Muro de las Lamentaciones. Así pues, el tolerante Saladino estableció un reparto, que ni el dominio de los mamelucos egipcios entre 1250 y 1516, ni el más largo dominio otomano de la región, que se produjo cuando en 1516 el sultán Selim I extendió su poder por todo el Oriente Medio hasta 1917, la primera guerra mundial, había alterado sustancialmente.

Nada es eterno, pero los cambios históricos suelen fraguarse subterránea y silenciosamente. El Imperio otomano era un mosaico de pueblos culturas y religiones que se extendía desde Bagdad a Budapest y desde La Meca a Estambul por no hablar de la extensión norteafricana que llegaba hasta Argelia. La población palestina (árabes,

cristianos y judíos) fue sometida a vaivenes y diásporas sucesivas, de manera que fue cuando las potencias imperiales europeas modernas comenzaron a expandirse por las fronteras o límites del Sublime Estado Otomano cuando comenzó a rezagarse militarmente respecto a sus rivales ruso y alemán y, después que Napoleón invadiese Egipto y Siria a finales del XVIII y de la guerra ruso-turca, cambió su condición. Los palestinos musulmanes pasaron de ser «súbditos» a ser «ciudadanos», pero el incremento de sus libertades vino acompañado de una creciente protección extranjera de las minorías cristianas y judías. La modernización europeísta que tuvo lugar en el siglo XVIII con la llamada Época de las Reformas (*Tanzimat Fermani*; 1839-1876) trajo para todos derechos y libertades fundamentales protegidos por la ley, además de conseguirse el establecimiento de un sistema judicial más independiente que lo garantizara. El periodo del *Tanzimat* se extendió a través del gobierno de dos sultanes y culminó con la promulgación de una constitución y el establecimiento del parlamento durante el reinado de Abdul-Hamid (1876-1908). Pero este esfuerzo de la clase dirigente otomana por preservar su posición privilegiada tradicional no evitó el declive del imperio, ni la intervención creciente de las potencias europeas en defensa de las minorías cristianas y judías.

Entretanto, como se sabe, el dominio otomano sobre la región de Palestina había durado sin interrupción durante tres siglos, hasta su conquista por el Egipto de Muhammad Ali en 1832. Ocho años más tarde, el Reino Unido intervino y devolvió el control del Levante a los otomanos a cambio de derechos extraterritoriales para los europeos que vivían en la región de Palestina. Durante el siglo XIX se produjeron cambios demográficos considerables, con las migraciones regionales de las tribus drusas, circasianas y beduinas. El surgimiento del sionismo también llevó muchos inmigrantes judíos de Europa, y el renacimiento del idioma hebreo. De ahí se colige fácilmente que los palestinos musulmanes quedaron doblemente desprotegidos respecto a los colonos sionistas judíos procedentes de países europeos.

En perpetua disputa entre el dominio otomano con su configuración territorial en valiatos y sanjucados y las conquistas militares de Egipto, que seguían las jurisdicciones consulares de los Estados laicos europeos, el territorio de Palestina ofrecía en el siglo XIX un aspecto bastante anárquico. Los cónsules eran originalmente magistrados que juzgaban casos que involucraban a sus propios ciudadanos en

territorios extranjeros. Mientras que las jurisdicciones de los Estados laicos de Europa se habían convertido en territoriales, los otomanos perpetuaban el sistema legal que habían heredado del Imperio bizantino. La ley en muchos asuntos era personal, no territorial, y el ciudadano individual llevaba consigo la ley de su nación dondequiera que fuera.

Según el embajador estadounidense Morgenthau (2009: 70), Turquía nunca había sido una soberanía independiente⁵. Pasando por alto la variedad de historias interesadas, suele reconocerse que las potencias occidentales gozaban de sus propios tribunales, mariscales, colonias, escuelas, sistemas postales, instituciones religiosas y prisiones. Sus cónsules también extendían la autoridad a grandes comunidades de protegidos judíos que se habían establecido en Palestina. A las comunidades musulmana, cristiana y judía de Palestina se les permitía ejercer jurisdicción sobre sus propios miembros de acuerdo con las cartas que les habían sido otorgadas. Durante siglos, los judíos y los cristianos habían gozado de un alto grado de autonomía comunitaria en materia de culto, jurisdicción sobre el estado civil, impuestos y en la gestión de sus escuelas e instituciones de caridad.

En el siglo XIX esos derechos fueron reconocidos formalmente como parte de las reformas de *Tanzimat*, que es cuando las comunidades fueron puestas bajo la protección del derecho público europeo. En la década de 1860, el ejército otomano pudo restaurar el orden al este de Jordania al detener los conflictos tribales y las incursiones beduinas. Esto invitaba a emigrar hacia el este, en particular a las zonas desérticas, desde diversas poblaciones del Líbano, Siria y Palestina para aprovechar las nuevas tierras de Salt. La afluencia ascendió a unas 12 000 personas entre 1880 y poco antes de la Primera Guerra Mundial, mientras que la población beduina al este de Jordania aumentó a 56 000 personas. Sin embargo, con la creación del emirato transjordano en 1921-1922, la aldea de Amán, que había sido recientemente reasentada por los circasianos, atrajo a la mayoría de los nuevos inmigrantes procedentes de Palestina, y muchos de los que se habían trasladado previamente a Salt.

Para entender los masivos movimientos de población que se produjeron a caballo entre el siglo XIX y el XX, hay que partir de la reorganización del territorio que se produjo en 1873, cuando se fijaron las fronteras administrativas en tres grandes

⁵ Para un estudio bien fundamentado, véase Parfitt (2000).

unidades que se mantuvieron hasta 1914: la parte septentrional de Palestina, sobre una línea que conectaba Jaffa con el norte de Jericó y el Jordán, fue asignada al *vilayet* de Beirut, subdividido en los *sanjaks* (distritos) de Acre, Beirut y Naplusa. La parte sur, desde Jaffa hacia abajo, formaba parte del mutasarrifato de Jerusalén, un distrito especial bajo la autoridad directa de Estambul. Sus límites meridionales eran confusos, pero se agotaron en el este de la península del Sinaí y en el norte del desierto del Néguev. La mayor parte del Néguev central y meridional estaba asignada al *vilayet* de Hejaz, que también incluía la península del Sinaí y la parte occidental de Arabia. Los otomanos consideraban «Filistin» como un término abstracto que se refería a la «Tierra Santa», y no como un término aplicado consistentemente a un área claramente definida. Entre el público árabe culto, *Filastin* era un concepto común, que se refería a toda Palestina o solo al *sanjak* de Jerusalén. La publicación del diario *Falastin* (*Palestina*) de 1911 fue un ejemplo de la creciente vigencia de este concepto.

Ahora bien, aunque el sionismo floreció en el siglo XIX, sólo a finales del mismo se iniciaron las oleadas de la inmigración sionista. La primera comenzó en Europa del Este y Yemen en 1881 y duró hasta 1903. Se calcula entre 25 000 y 35 000 el volumen de inmigrantes, de modo que ya en 1891 un grupo de notables de Jerusalén envió una petición al gobierno central otomano en Estambul pidiendo el cese de la inmigración judía y la venta de tierras a los judíos. En vano. La *Segunda Aliá* (segunda oleada) tuvo lugar entre 1904 y 1914 y llegaron desde Rusia y Polonia unos 40 000 judíos, quienes inspirados por los ideales revolucionarios dominantes en Rusia buscaban crear un sistema de asentamientos agrícolas comunales en Palestina. Fundaron el movimiento *kibutz*, que nació en 1909 en Degania. Tel Aviv fue fundada en esa época, aunque sus fundadores no eran necesariamente de los nuevos inmigrantes, pero sí contribuyó al renacimiento del hebreo moderno como lengua oficial.

Nos asustamos hoy de las veleidades geoestratégicas de Donald Trump, pero no recordamos las veleidades de los británicos al término de la Primera Guerra Mundial, en la que el Imperio otomano cometió el error de aliarse con Alemania para irritación de los árabes. Como estrategia secreta entre el árabe Hussein y el británico McMahon en 1915-1916 negociaron el compromiso de formar un Estado árabe unido a cambio de la Gran Rebelión Árabe contra el Imperio otomano, lo que dio lugar al Acuerdo Sykes-Picot de 1916, que preveía que la mayor parte de Palestina, cuando fuera liberada del

control otomano, se convertiría en una zona internacional que no estaría bajo control colonial francés o británico directo. Pero poco después, el ministro de Asuntos Exteriores británico Arthur Balfour emitió la *Declaración Balfour* de 1917, que prometía establecer un «hogar nacional judío» en Palestina. El 9 de diciembre cayó Jerusalén y tras la batalla de Meguido en septiembre de 1918 capituló Turquía.

Protagonista activo e hipercrítico de la gran rebelión árabe, T. E. Lawrence dejó plasmada su experiencia de soldado británico durante dos años en *Los siete pilares de la sabiduría* [1922 y 1926], libro extraño, pero brillante y sincero, en el que comienza constatando:

Los árabes creen en las personas, no en las instituciones. Ellos vieron en mí a un agente libre del gobierno británico, y me pidieron que suscribiera por escrito tales promesas. Así que tuve que unirme a la conspiración, y, hasta donde podía empeñar mi palabra, garanticé a los hombres su recompensa. Durante los dos años que estuvimos juntos bajo el fuego se acostumbraron a creermelo y a pensar que mi gobierno, igual que yo, era sincero. Con tal esperanza llevaron a cabo hermosas hazañas, pero, por supuesto, en vez de sentirme orgulloso por lo que hacíamos, me sentía continua y acremente avergonzado [...]. El cese de Sir Henry McMahon me confirmó en mi creencia sobre lo esencialmente insincero de nuestra posición: pero no pude explicárselo así al general Wingate mientras duró la guerra [...]. Lo único que me quedaba era rechazar cualquier recompensa por mi exitoso papel de engañador [...] [y] persuadir a los pocos árabes que se daban cuenta de la situación de que guardaran idéntica reticencia. [Lawrence, 1986, vol. I: 26-27]

27

eikasía
N.º 135
Marzo-abril
2026

Thomas Edward Lawrence, arqueólogo en Mesopotamia entre 1911 y 1914, delegado de la Oficina Árabe en El Cairo y encargado de asesorar el levantamiento árabe del jerife de La Meca hasta desalojar a los turcos de Damasco en 1918, plantea su propia identidad como árabe despojándose de su «yo» inglés en estos términos:

Había un país llamado Arabia; pero esto nada tenía que ver con el asunto. Había una lengua llamada árabe; y allí estaba la prueba del pastel. Era la lengua habitualmente hablada en Siria, Palestina, Mesopotamia, y gran parte de la península llamada arábica en el mapa. Antes de la conquista musulmana, estas áreas estaban habitadas por pueblos diversos, que hablaban lenguas emparentadas con el árabe. Solemos llamarlas semíticas, pero se trata de una denominación incorrecta. No obstante, el árabe, el sirio, el babilonio, el fenicio, el hebreo, el arameo eran lenguas emparentadas; y los indicios de influencias comunes en el pasado, o incluso de su origen común, se han visto reforzados por nuestro conocimiento de que la apariencia y costumbres de los actuales

pueblos árabe-hablantes de Asia, aunque tan variados como un campo cubierto de amapolas, mantienen una semejanza fundamental. [*Ibidem*: 39]

Lawrence considera primos a todos los habitantes de este inmenso territorio de árabe-hablantes, no ya por el demostrado parentesco genético, sino por su forma de ser, por su psicología, su temple idiosincrásico, su gnoseología y su ontología, que caracteriza de una forma tan rotunda que permite entender hasta qué punto árabes y judíos *contraria sunt circa idem*.

Los semitas no mostraban medias tintas en el registro de su modo de ver las cosas. Eran un pueblo de colores primarios, o más bien, de blancos y negros, que veían el mundo siempre con nítidos contornos. Eran un pueblo dogmático, que despreciaba la duda, nuestra moderna corona de espinas. No comprendían nuestras dificultades metafísicas, ni nuestra introspectiva forma de interrogarnos. Sólo conocían la verdad y la no verdad, la creencia o la incredulidad, sin nuestro habitual cortejo de dudas y matizaciones [...]: blanco y negro no sólo en lo visible, sino también en lo valorable. Su pensamiento sólo se sentía a gusto en los extremos. Se sentían plenamente cómodos sólo en lo superlativo. A veces, sentimientos contrapuestos parecían actuar a la vez en ellos: nunca, sin embargo, llegaban a un apaño: llevaban adelante la lógica de varias opiniones incompatibles hasta desembocar en metas absurdas, sin notar la incongruencia [...]. No habían inventado ni sistemas filosóficos, ni mitologías complejas. Habían trazado su curso entre los ídolos de la tribu, por un lado, y los ídolos de la ceriverana, por otro. [*Ib.*: 47-48]

¿Cómo es posible que estos pueblos sometidos a la cruel disciplina del nomadismo en el desierto han podido tener tanta influencia en el resto de la humanidad? Lawrence da la clave al explicar que para ellos el don de la vida era algo incuestionable y axiomático de modo que su genio individual hormigueaba entre la dura disciplina del desierto y los multitudinarios intercambios de los mercados:

Sus convicciones eran intuitivas, sus actividades, intuitivas. Sus más importantes inventos eran las creencias, elevándose casi como los monopolistas de las religiones reveladas. Tres de dichos inventos han perdurado entre pueblos no semitas. El cristianismo, traducido diversamente a los espíritus griego, latino y teutón, habían conquistado América y Europa. El Islam, bajo diversas transformaciones, habría sometido África y parte de Asia. Eran éstos éxitos semitas. Sus fracasos los guardaban, en cambio, para sí mismos. Los márgenes de sus desiertos hormigueaban de fes desahuciadas. [*Ib.*: 48]

¿Puede entonces entenderse el insoluble conflicto árabe israelí más que un enfrentamiento o choque de civilizaciones como un vertedero de religiones caídas que parecen precipitarse por los límites del desierto y los márgenes de la civilización?

§ 4. Excurso sobre la versión vivida por Lawrence de Arabia sobre la transformación del panislamismo turco en panarabismo palestino

Para entender las líneas de fractura y las extrañas alianzas que subtienden el conflicto semita entre judíos y árabes palestinos resultantes de la Segunda Guerra Mundial, hay que remontarse la Primera y atender a los análisis internos realizado por el activista británico en Oriente Próximo, que ha pasado a la historia con el apodo de *Lawrence de Arabia*, pese a ser un aventurero galés muerto en 1935 en un accidente de moto y cuyo testimonio biográfico ha sido ninguneado por el propio Churchill. Políticamente incorrecto, Lawrence penetra en los entresijos del Imperio otomano que aspiraba a encabezar un movimiento panislámico, cuando ya estaba en descomposición, para lo que necesitaba la autoridad espiritual y moral del jerife de La Meca, y la soterrada rebelión que llevará a cabo el panarabismo de este último y su tercer hijo Faysal, al que asesorará el activista galés.

Comencemos por la caracterización que hace de sí mismo y de su grupo de activistas británicos, llamados los «intrusos» respecto al Ministerio Oficial de Asuntos Exteriores, en el capítulo sexto del primer libro donde explica los fundamentos de la rebelión árabe, de donde surgirán la pléyade de naciones árabes que se consolidan en los años treinta del siglo pasado y en cuyos territorios siguen jugándose distintos episodios de la confrontación actual en el Oriente Próximo.

Había pasado muchos años recorriendo de un lado para otro el Oriente semita antes de la guerra, aprendiendo las costumbres de los campesinos, triebños y gentes de ciudad de Siria y Mesopotamia. Mi pobreza me había obligado a mezclarme con las clases más humildes, aquellas con las que raramente entran en contacto los viajeros europeos, de modo que mis experiencias me proporcionaron un punto de vista inusitado, que me capacitó para comprender y poder visualizar tanto a la gran masa de los ignorantes, como a aquellos ilustrados, cuya opinión es de peso, no tanto para el día de la fecha, como para el mañana. Además de esto, había podido observar en parte cómo las fuerzas políticas actúan en la mente de los habitantes de Medio Oriente, y había podido en

concreto apercibirme de los claros signos de decadencia que por todas partes mostraba el poder imperial turco. [Lawrence, 1986, vol. I: 69]

Mientras los historiadores se limitan a constatar los resultados, la narración de Lawrence cuenta los procesos que lo fundamentan. Por ejemplo, para entender la Gran Rebelión Árabe contra sus correligionarios otomanos, a los que en España solemos englobar como «moros» o adeptos al islam, Lawrence se remonta también a la Edad Media, pero para explicarlo internamente comienza señalando cómo «los turcos plantaron su pie en los Estados árabes, primero como sirvientes, luego como ayudantes, y finalmente, como un grupo parasitario que iba sorbiendo la savia del viejo tronco político» (*ib.*: 55). La poca simpatía que Lawrence muestra frente a los rudos y toscos militaristas turcos de Osman, que habían edificado su imperio con la espada, se manifiesta, sobre todo, en la importancia que concede a la superioridad de la lengua árabe frente a rudo idioma turco. Aunque los árabes de Siria, Mesopotamia y Palestina protagonizaron distintas rebeliones contra los procesos de absorción turca, similares a los que protagonizó la *mesianidad* de Sabatai que mencionamos al principio, apenas guardamos memoria de ellos, porque la teoría política turca impulsó a los árabes a primar los intereses sectarios islámicos sobre los patrióticos. Así

[...] perdieron su sentimiento geográfico, y su memoria racial, política e histórica; pero se aferraron aún con mayor fuerza a su lengua, y la erigieron casi en su propia y real patria. El primer deber de todo musulmán era estudiar el Corán, el libro sagrado del Islam, y casualmente el más grande monumento literario árabe. La idea de que esta religión les era propia, y que sólo su lengua les permitía comprenderla y practicarla con propiedad, dio a cada árabe un patrón con que medir los fútiles logros de los turcos. [*Ib.*: 56]

Aunque la descomposición del Imperio otomano comenzó en los Balcanes, la población árabe que era la más numerosa, y, por tanto, la más infiltrada entre los distintos cuerpos de funcionarios estatales, vio ensanchadas sus oportunidades de independencia. El fracaso de la Constitución de 1876 mediante la que el 34.º sultán Abdul Hamid II intentó conjurar la intervención extranjera en el levantamiento búlgaro, no evitó la guerra ruso-turca ni la cesión de Libia a Italia, ni la concesión del protectorado de Túnez a Francia, ni el arrendamiento de Chipre a Gran Bretaña quien, además, llegó a controlar virtualmente Egipto y Sudán, después de atajar sendas

rebeliones, pese a seguir siendo oficialmente provincias otomanas hasta 1914. Aquejado por las deudas y, sobre todo, por las conspiraciones internas del parlamento y las sociedades secretas, el gobierno despótico y desconfiado del sultán hizo llamar al jerife de la Meca y a su familia a Estambul para garantizar el éxito de la proclamación de una *yihad panislámica*, lo que permitió al astuto descendiente de Mahoma, el jerife Hussein, aprovechar los 18 años de secuestro dorado para darles una refinada educación europea a sus cuatro hijos (Alí, Abdullah, Faysal y Zaid), antes de adiestrarles en la vida nómada de las tribus del desierto de Arabia.

Abdül Hamid II pretendía resistir la presión de los poderes europeos refugiándose en el islam contra la cristiandad agresiva. Al fomentar la ideología del panislamismo, reducía los privilegios de los extranjeros en el Imperio, pero también obstaculizaba la modernización del gobierno liberal y la oposición del Comité de Unión y Progreso, muchos de sus miembros se refugiaron en París, adoptando la denominación de *Jóvenes Turcos*. Durante su reinado, Abdul Hamid se negó a admitir las ofertas del fundador del sionismo Th. Herzl para pagar una parte substancial de la deuda otomana a cambio de una autorización para instalar colonias judías en Palestina. Pero esta apelación al sentimiento musulmán no contrarrestaba la desafección generalizada causada por su perenne mala administración. Lawrence constata que las revueltas fueron endémicas; en zonas más próximas, en el ejército se mantuvo una apariencia de lealtad, pese a que muchos oficiales árabes esperaban una señal de su jerife para desertar o rebelarse. Entre la población musulmana existía un sistema de delación y espionaje, así como los arrestos masivos. Abdul Hamid llegó a obsesionarse con la paranoia de ser asesinado, y se retiró al aislamiento fortificado de su palacio. En suma, pese a las reformas legales, administrativas y educativas, la ineficacia gubernamental del sultán y su camarilla suscitó el descontento en el seno de la administración pública y del ejército, vigilados por los espías del monarca, que consideraba todo liberalismo político una amenaza a sus prerrogativas.

Lawrence explica con meridiana claridad esta paradójica situación del Imperio otomano como uno de los fundamentos de la rebelión árabe y la forma en la que el astuto Hussein aprovechó que los Jóvenes Turcos le permitiesen retornar a La Meca como emir para restaurar el verdadero islam de los árabes. Para ello simuló estrechos lazos con Constantinopla a través de sus hijos, Abdullah como vicepresidente del

parlamento turco y Faysal como diputado por Yidda, al tiempo que fomentaba el uso del ferrocarril de Heyaz, que había construido Abdul Hamid para acelerar las peregrinaciones a La Meca. Cuando estallaron las hostilidades de 1914, los Jóvenes Turcos que luchaban contra los griegos, los armenios y demás enemigos rebeldes, forzaron la adhesión al emir Hussein de La Meca a la *yihad* o guerra santa contra la cristiandad, y como este no accedió por las buenas cerraron el ferrocarril de Heyaz para forzar que se sometiera a sus designios. La peregrinación quedó interrumpida y con ello las rentas y negocios de las ciudades santas.

Lawrence, que atribuye a Ismail Enver, al Visir Tallat y al ministro de marina Yemal la intención de aplastar a todas las corrientes no turcas del Estado y especialmente a los nacionalismos árabe y armenio, arguye:

Hussein era un personaje honorable, sagaz, obstinado y profundamente piadoso. Comprendía que la Guerra Santa era doctrinalmente incompatible con una guerra de agresión, y resultaba absurda teniendo como aliado a un país cristiano: Alemania. Así que rechazó la exigencia turca, al tiempo que con toda dignidad apelaba a los Aliados para que su provincia no muriese de hambre. [...] Los pueblos oprimidos de Siria y Mesopotamia y los comités de Ahad y Fetah apelaban a él como Padre de los árabes, musulmán de los musulmanes, príncipe supremo y principal notable del Islam para salvarlos. [*Ib.*: 62-63]

Decidido a rebelarse envió a sus tres hijos con distintas misiones, a Feysal a Damasco, a Alí a Medina a reclutar tropas y a Abdullah a sondear a los británicos. Pero el punto de ruptura entre el proyecto panislámico de los turcos y el panarabismo musulmán era de índole ético-axiológico:

Los Jóvenes Turcos, a sus ojos, constituían un grupo de transgresores ateos de su credo y de todo humano deber —traidores al espíritu de su tiempo, y a los más altos intereses del Islam. Aunque ya un viejo de sesenta y cinco años, se hallaba firmemente decidido a llevar la guerra contra ellos, fundándose en la justicia para dar cuenta del costo. Hussein confiaba de tal manera en Dios que todo su sentido militar quedaba ofuscado ante esto, y pensaba que era posible que el Heyaz luchara por sí sola contra Turquía en buena liza. [*Ib.*: 67]

No es del caso reproducir en detalle la fascinante narración de Lawrence en *Los siete pilares de la sabiduría*, su descubrimiento de Faysal como líder y profeta; el aprendizaje que alcanzó a imitar de su peculiar estilo de liderazgo capaz de aglutinar las rebeldes

y ariscas tribus árabes, enfrentadas por rivalidades clánicas y familiares ancestrales; sus ingeniosas estrategias bélicas de aprovechamiento del cambiante territorio de dunas y areniscas, que cambiaron el curso de la historia, cuando los británicos se hallaban desolados. Por un lado, en 1915 los aliados (británicos, franceses, australianos y neozelandeses) habían sufrido en la batalla de Gallipoli la derrota de intentar arrebatarse a los tucos el control del estrecho de los Dardanelos sin éxito, mientras por otro, en 1916 el ejército británico, bajo el mando del general Townshend, había quedado atrapado en Kut al-Amara (Irak), hasta el punto de que los otomanos exigieron su rendición incondicional. Con la negra perspectiva de una pronta victoria de los alemanes y otomanos contra los aliados que querían descuartizar su imperio, Lawrence que había fracasado en su primera misión secreta para conseguir mediante un soborno de un millón de libras esterlinas que el comandante de las fuerzas otomanas, Jalil Pachá, levantara el sitio de Kut y permitiera la retirada de Townshend y sus tropas, vuelve a El Cairo para asesorar la rebelión árabe, cuyos fundamentos hemos descrito.

Lawrence se embarcó en la aventura árabe con la intención de apoyar la insurrección de este pueblo para que los británicos los valorasen como un aliado de plena igualdad gracias a su eficacia. Si los árabes llegaban a Damasco antes que sus aliados, no sólo conquistarían su independencia, sino que el tratado de Sykes-Picot, mediante el que las potencias coloniales se repartían los territorios conquistados sería papel mojado. Este razonamiento inspiró su intervención en el avance de las fuerzas irregulares de Faysal a lo largo de la costa del mar Rojo, con incursiones tierra adentro para atacar el ferrocarril del Hiyaz, esquivando las fortalezas turcas e incorporando a las tribus de la zona en una ejemplar guerra de guerrillas. Convenció además al general Edward Allenby de que los irregulares árabes, apoyados por un incipiente ejército regular árabe, eran imprescindibles para tomar Gaza, que cayó en octubre, y para avanzar por Palestina hasta que cayó Jerusalén en diciembre.

Pero *Los siete pilares* no es tanto una narración de las hazañas bélicas que protagonizó en primera persona, sino un tratado de geografía y de la antropología de un territorio tan complejo como desconocido. Nadie ha descrito con tanta precisión la simbiosis que se da entre el paisaje del desierto o las montañas y la variedad de sus habitantes con sus peculiaridades culturales y religiosas. Por ejemplo, en el capítulo

LVIII, tras conquistar Arabia, Lawrence plantea la estrategia de conquistar Siria, cuya paisaje y paisanaje eran muy diferentes:

Debíamos iniciar nuestra campaña como lo habíamos hecho en Wadi Ais, estudiando el mapa, y repasando la naturaleza de nuestro nuevo campo de batalla. Teníamos los pies puestos en los límites meridionales. Hacia el Este se extendía el desierto nómada. Hacia el Oeste Siria estaba limitada por el Mediterráneo, de Gaza a Alejandreta. Por el Norte las poblaciones turcas de Anatolia le ponían fin. Dentro de estos límites, la tierra se hallaba muy parcelada por las propias divisiones naturales. [Lawrence, 1986, vol. I: 460]

Pero la geografía no era lo decisivo, porque los hombres de los distintos pueblos habían añadido una complejidad política muy difícil de manejar. Reproduzco aquí un par de páginas que pueden servir para ilustrar por qué sigue siendo tan difícil controlar este complejo mosaico de intereses que han lastrado durante el último siglo la cambiante política de Oriente Próximo:

En la parte más septentrional, la más alejada a nosotros, las fronteras lingüísticas seguían, sin apartarse demasiado, la carretera que va de Alejandreta y Alepo, hasta converger con el Ferrocarril de Bagdad, por donde remontaba hasta el valle del Éufrates; pero había enclaves de lengua turca al Sur de esta línea general, representados por las aldeas turcomanas situadas al norte y al sur de Antioquía, y por los armenios repartidos entre ellos. [*Ib.*: 461]

A continuación, describe a la comunidad *ansariyah*, que actualmente forma parte en la costa del Líbano, como paganos puros, xenófobos y desconfiados del islam, mezclados con los cuales había colonias de cristianos sirios y en el interior drusos, árabes de origen, algunos circasianos procedentes del Cáucaso y al nordeste de ellos los kurdos que se casaban con los árabes, pero que, según Lawrence, odiaban, sobre todo, a los cristianos nativos, a los turcos y a los europeos. Después de los turcos menciona a los *yezidis*, de lengua árabe, pero mentalmente afectados por el dualismo iranio, por lo cual eran despreciados por igual por cristianos, mahometanos y judíos, que colocaban la revelación por encima de la razón. Luego estaba Alepo que lindaba con los beduinos. Seccionando transversalmente Siria, yendo del mar al desierto, distingue Lawrence cinco secciones, en la primera de las cuales sitúa a los musulmanes circasianos, y al interior asentamientos ismailíes.

Estos inmigrantes persas se habían ido volviendo árabes a lo largo de los siglos, pero reverenciaban entre ellos a un Mahoma que, en carne mortal, era el Aga Khan. Creían que este era un grande y maravilloso soberano, que honraba a los ingleses con su amistad. Esquivaban a los musulmanes, y ocultaban débilmente sus brutales opiniones bajo una capa de ortodoxia. [*Ib.*: 462]

En la segunda sección describe la mezcla inextricable de cristianos tribales, comunidades musulmanas semipastorales, parias ismailíes pacifistas y beduinos. Se entretiene a continuación en descifrar las diferencias de las iglesias Siria y Griega del Líbano y los asentamientos *metawala* de chiís venidos Persia en las montañas. Una de las descripciones más interesantes concierne a la cuarta sección, sobre todo, por lo que atañe a los judíos:

En las riberas del Jordán se hallaban asentadas colonias agriamente suspicaces de refugiados argelinos, frente a las aldeas judías. Los judíos eran de toda clase. Algunos intelectuales hebreos de corte tradicionalista habían desarrollado un estilo y un modo de vida adecuados al país: mientras los más recientemente llegados, muchos de los cuales eran de inspiración germana, habían introducido modos y cosechas extraños, y casas europeas (construidas con fondos de ayuda) en esta tierra de Palestina, que parecían demasiado pequeñas y pobres para merecer sus esfuerzos: aunque la tierra los toleraba. Galilea no mostraba hacia sus colonos judíos la misma y profundamente arraigada antipatía que constituía el más desagradable rasgo de la vecina Judea. [*Ib.*: 463]

Lawrence, sin embargo, describe con más crudeza la quinta sección a la altura de Jerusalén, no porque las enemistades entre los judíos alemanes y los campesinos palestinos fueran más intensas que las que constata entre drusos, cristianos y beduinos, sino porque la diferencia entre judíos y palestinos tiene tintes clasistas. Los judíos alemanes que hablaban *yiddish* eran

[...] incapaces de soportar el contacto con gente que no fuera de su raza, granjeros algunos de ellos, tenderos en su mayor parte, extranjeros en su mayoría, egoísta porción en el conjunto de la población siria. En torno a ellos pululaban sus enemigos, los hosclos campesinos palestinos, más estúpidos que los pequeños propietarios de la Siria Septentrional, tan materialistas como los egipcios, y arruinados. [*Ib.*: 464]

Este conocimiento del territorio resultará decisivo para entender la rapidez con la que las tropas árabes conquistarán Damasco.

Bajo el mando y la autorización del general Allenby que se enfrentaba a los turcos directamente, en ese invierno de 1917 a 1918 Lawrence emprendió desde su base avanzada de Azrak, en el desierto sirio, algunas de sus acciones más arriesgadas en territorio enemigo, como el intento fallido de dinamitar el puente sobre el río Yamuk (capítulo LXX), el ataque al tren en Minifir siguiendo una idea de Alí ibn Hessein, el hijo mayor del Emir, o la incursión casi en solitario a Deraa, donde vivió la cruda y surrealista aventura que narra en el capítulo LXXX con el Bey de una patrulla de reclutamiento turca que no le reconoció a pesar de que estaba puesto un precio a su cabeza. Durante su detención fue salvajemente maltratado y violado, pero consiguió escapar con vida pudiendo así continuar con sus acciones, en las que se destaca su victoria en la batalla de Tafilá (25 de enero de 1918) y su posterior participación en la decisiva y victoriosa batalla de Megido (19 de septiembre de 1918), que abrió las puertas a Damasco. Su experiencia fue traumática y él mismo resta méritos a su entrada triunfal en Jerusalén de la mano de Clayton:

Mientras me hallaba con él, llegó un aviso de Chetwode de que Jerusalén había caído; y Allenby se preparó para entrar al estilo oficial que la imaginación católica de Mark Sykes había inventado. Fue bastante bueno, aunque yo nada había hecho por el éxito, para que Clayton me llevara consigo aquel día como oficial de su estado mayor. La gente del estado mayor me atavió con prendas sueltas de su guardarropa hasta que pude parecer un mayor del Ejército Británico. Dalmeny me dejó sus entorchados rojos, Evans su gorra de latón; de modo que pude disfrutar de las delicias de mi ascenso en la ceremonia de la puerta de Gaza, que fue para mí el momento supremo de la guerra. [Lawrence, 1986, vol. II: 629]

Falsa modestia. Como narra en el capítulo LXXIX, fue idea de Lawrence instalar el cuartel de invierno en el castillo de Azraq que sirvió de base de intendencia e inteligencia, así como centro de propaganda y alistamiento árabe gracias a la presencia de Alí. Desde allí y desde Ákaba pudo Lawrence organizar la campaña del mar Muerto, cuya intendencia le había encomendado Allenby bajo el liderazgo de Faysal. Pero, cuando Lawrence entró triunfante en Damasco el 1 de octubre de 1918 en la avanzadilla del ejército irregular de Faysal, no era el mismo que desembarcó en Yida en octubre de 1916. Ya no porque tuvo que apaciguar los ánimos de la heteróclita tropa pluritribal y multinacional que encabezaba a la espera de la entrada de Faysal, sino

por la desilusión que las desavenencias y la lucha por el poder entre los aliados le causaba.

Asqueado por las atrocidades de la guerra de las que era corresponsable y carcomido por las dudas filosóficas y las pérdidas personales sufridas durante la contienda, incluidas las de sus dos hermanos en Francia, Lawrence pidió el relevo al general Allenby el 4 de octubre y abandonó Damasco rumbo al Reino Unido vía El Cairo.

Damasco no me había parecido la vaina de mi espada, al desembarcar en Arabia, pero su captura desveló el agotamiento de la fuente fundamental de mi acción. La motivación más fuerte, a lo largo de aquel tiempo, había sido de tipo personal, lo que no he mencionado aquí, pero que estuvo presente en mí, yo creo, cada hora de aquellos dos años. Las penalidades y alegrías activas pueden elevarse como torres, en medio de mis días; pero, refluyendo como el aire, este escondido impulso se reformuló, hasta convertirse en el elemento más persistente de mi vida, casi hasta el final. Y había muerto ya, antes de que llegáramos a Damasco. [*Ib.*: 917]

§ 5. La reorganización del territorio durante el Mandato Británico y el ascenso del poder judío internacional en Israel

37

Con la ocupación de la región por los británicos, las potencias vencedoras tardaron en ponerse de acuerdo porque la región seguía siendo inestable y hasta 1922 no se aprobó el llamado Mandato Británico sobre la región que duró de 1920 a 1948. Algunos querían una unificación con Siria: en febrero de 1919, varios grupos musulmanes y cristianos de Jaffa y Jerusalén se reunieron y adoptaron una plataforma que apoyaba la unidad con Siria y la oposición al sionismo. Se envió una carta a Damasco autorizando a Faysal a representar a los árabes de Palestina en la Conferencia de Paz de París. Lawrence participó en ella como miembro de la delegación británica y como miembro de la delegación árabe encabezada por Faysal. La conferencia fue una gran decepción para Lawrence y Faysal, al ser sustituido el aborrecido acuerdo Sykes-Picot por otro aún más desfavorable para los intereses árabes, cerrado en diciembre de 1918 entre el primer ministro británico Lloyd George y el primer ministro francés Clemenceau.

Faysal abandonó en mayo la conferencia rumbo a su precaria capital Damasco sin haber recibido concesiones esenciales por parte de sus aliados. Lawrence se refugió en

Oxford, donde su padre acababa de morir, y se sumergió en la redacción de *Los siete pilares de la sabiduría*. En mayo de 1919 se había celebrado en Damasco un Congreso Nacional Sirio, a cuyas sesiones asistió una delegación palestina. El censo de Palestina de 1922 registró una población de 757 000 habitantes, de los cuales el 78% eran musulmanes, el 11% judíos, el 10% cristianos y el 1% drusos. Pero, mientras en los primeros años del Mandato Británico, la inmigración judía a Palestina fue bastante sustancial, en abril de 1920, cuando se produjo el reparto de territorios en San Remo por parte del Consejo Supremo Aliado (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón) en el que el Reino Unido obtuvo un mandato para Palestina y Francia un mandato para Siria, se produjeron violentos disturbios árabes contra los judíos en Jerusalén. Las protestas siguieron a las crecientes tensiones en las relaciones árabe-judías sobre las implicaciones de la inmigración sionista. La respuesta errática de la administración militar británica no logró contener los disturbios, pero la confianza entre los británicos, judíos y árabes se erosionó. Mientras, los palestinos perdieron a su aliado árabe cuando en julio de 1920, los franceses expulsaron a Faysal ibn Hussein de Damasco, la comunidad judía aumentó sus movimientos hacia una infraestructura autónoma y un aparato de seguridad paralelo al de la administración británica.

Los jeques árabes, que anteriormente habían prometido su lealtad al jerife de La Meca, pidieron a los británicos que asumieran la administración de la región. Herbert Samuel pidió la extensión de la autoridad del gobierno palestino a Transjordania, pero en las reuniones celebradas en El Cairo y Jerusalén entre Winston Churchill y el emir Abdullah en marzo de 1921 se acordó que Abdullah administraría el territorio (inicialmente solo durante seis meses) en nombre de la administración palestina. En el verano de 1921, Transjordania fue incluida en el Mandato, pero excluida de las disposiciones para un Hogar Nacional Judío.

Desde febrero de 1921 a febrero de 1922, Lawrence había actuado como asesor en asuntos árabes (*Adviser in Arabian Affairs*) con el pleno respaldo de Churchill para resolver definitivamente la embrollada situación en la zona, «dejando a un lado todas las cuestiones de acuerdos y promesas, cumplidos o traicionados» e iniciando una etapa nueva de negociación. En la mencionada Conferencia de El Cairo se decidió establecer en la zona de mandato británico a Feysal en Mesopotamia, en un nuevo reino de Irak. Entre paréntesis cabe señalar que un 96% de las tribus árabes votó a su

favor y que en 1927 Faysal negocia con los ingleses la independencia de Irak, abriendo un periodo que se caracterizará por su inestabilidad y por la represión de las reivindicaciones de las minorías. Finalmente, Irak es admitido como Estado independiente en la Sociedad de Naciones el 3 de octubre de 1932. Un año más tarde el rey Faysal muere dejando a su hijo mayor como sucesor.

Entretanto se nombró a Abdullah como emir de Transjordania, quien gobernó hasta 1946, año en que el emirato logró su independencia de los británicos, pero que en 1950 tras la guerra árabe-israelí se disolvió y en 1952 cambió su nombre por el de «Reino Hachemita de Jordania». El intento de ganar al jerife de La Meca, Alí, ya rey del Hiyaz, para estos acuerdos fracasó a pesar de que Lawrence viajó a Yida para convencerle. En 1924 el Hiyaz fue ocupado por el clan de los Banu Saúd, regentes del vecino territorio de Néyed, en Arabia central. Los hachemíes fueron desalojados del poder y el Hiyaz anexionado al Néyed para formar el nuevo reino de Arabia Saudita en 1932. El sueño de Lawrence de dar forma a una nueva Asia estaba ya roto por completo cuando en 1935 murió.

No hay nada extraño en que Trump proponga devolver a Gran Bretaña la administración del territorio palestino que no ha sido expropiado todavía por el Estado de Israel. Pero rebobinar la historia es seguir protegiendo la ignominia de Netanyahu con los palestinos para proteger su impunidad sin que se note demasiado. Basta recordar la historia del nefasto mandato británico para ver el favoritismo económico y político del que gozaron los judíos comparados con los «malvados» árabes palestinos que fueron sistemáticamente engañados. El Fondo de Exploración de Palestina publicó estudios y mapas de Palestina Occidental, también conocida como Cisjordania, a partir de mediados del siglo XIX. Incluso antes de que el Mandato entrara en vigor legal en 1923, la terminología británica utilizaba a veces «Palestina» para la parte occidental del río Jordán y «Trans-Jordania» (o Transjordania) para la parte oriental del río Jordán. Al hablar de Palestina, los británicos no los califican de *árabes*, pero lo cierto es que entre 1922 y 1947, la tasa de crecimiento anual del sector judío de la economía fue del 13,2%, debido principalmente a la inmigración y al capital extranjero, mientras que la del árabe fue del 6,5%. Per cápita, estas cifras fueron de 4,8% y 3,6% respectivamente. Para 1936, el sector judío había eclipsado al sector árabe, y los individuos judíos ganaban 2,6 veces más que los árabes.

En términos de capital humano, había una gran diferencia. Por ejemplo, las tasas de alfabetización en 1932 eran del 86% para los judíos contra el 22% para los árabes, pero la alfabetización árabe aumentaba constantemente. Cuando Hitler llega a poder en Alemania firma un acuerdo con la Federación Sionista para facilitar la emigración de los judíos alemanes en 1933.

Por su parte los británicos convirtieron el muftí de Jerusalén en el «gran muftí de Palestina» y establecieron un Consejo Supremo Musulmán (SMR) al que encomendaron las funciones de administrar las dotaciones religiosas y el nombramiento de jueces religiosos y muftíes locales. Fue entonces cuando estalló la revuelta de los árabes en los años 1936-1939 contra el dominio británico y contra la inmigración judía masiva. La revuelta, aunque comenzó esporádicamente, acabó en una huelga y en una insurrección armada que culminó en 1938 hasta que se agotó en 1939. Los ataques se dirigieron principalmente contra instalaciones estratégicas británicas y los ferrocarriles, y en menor medida contra asentamientos judíos, barrios judíos aislados en las ciudades mixtas, y judíos, tanto individualmente como en grupo. Los británicos respondieron desplegando sus fuerzas militares y reprimiendo la disidencia árabe. Practicaron la «detención administrativa» (encarcelamiento sin cargos ni juicio), los toques de queda y las demoliciones de casas. Más de 120 árabes fueron condenados a muerte y unos 40 ahorcados. Los principales líderes árabes fueron arrestados o expulsados.

Durante el período del Mandato, se establecieron muchas fábricas y se construyeron carreteras y ferrocarriles en todo el país. El río Jordán fue aprovechado para la producción de energía eléctrica y el mar Muerto fue explotado para obtener minerales, potasio y bromo. Políticamente, mientras para controlar a la comunidad árabe de Palestina el Mandato Británico estableció el Alto Comité Árabe, permitió una organización paramilitar judía, llamada *Haganá*, que les ayudó a sofocar la insurgencia árabe, de la que se escindió un grupo terrorista, llamado el *Irgún* (o *Etsel*), que se dedicaban a represaliar indiscriminadamente a los árabes, incluyendo mercados y cafés. Dos consecuencias de la revuelta árabe: 1.^a), aunque no alcanzó sus objetivos, logró la publicación del *Libro blanco* de MacDonald en 1939, que abogaba por la creación de un Estado palestino independiente en los próximos diez años, la limitación de la inmigración judía en los próximos cinco años y la prohibición de comprar nuevas

tierras a los colonos judíos; y 2.^a) la separación de las economías árabe y judía que estaban muy entrelazadas.

La Segunda Guerra Mundial dio al traste con estos avances palestinos no judíos, porque mientras los israelitas, con David Ben-Gurión a la cabeza, se alinearon con Gran Bretaña y los aliados, el gran muftí de Jerusalén, Mohammad Amin al-Husayni pasó la guerra en la Alemania nazi y en las zonas ocupadas, aun cuando 6000 árabes palestinos lucharon con los británicos. Pocos, comparados con los 30 000 judíos palestinos, muchos procedentes de la Haganá, que después de que la aviación italiana bombardeó Tel-Aviv y Haifa, crearon el *Palmaj*, que llegó a contar con tres brigadas de combate: aérea, naval y de inteligencia. Entre los líderes del *Palmaj* estuvieron Moshé Dayán y el propio Isaac Rabin. Ser *palmajnik* se consideraba no solo como un desempeño de funciones militares, sino también como una forma de vida muy influyente en la comunidad judía. No puede excluirse que este entrenamiento bélico fuese lo que permitió a los judíos acabar con el Mandato Británico de Palestina. De hecho, a partir de 1944 bajo el liderazgo de Menachem Beguín el grupo terrorista Irgún, decidió obligar al gobierno británico a retirar completamente sus tropas de Palestina. Alegando que los británicos habían incumplido su promesa original de la Declaración Balfour, y que el *Libro blanco* del 39 que restringía la inmigración judía era una escalada de su política proárabe, decidió romper con la Haganá. Poco después de asumir el mando, se publicó una «Declaración de revuelta» formal y se iniciaron ataques armados contra las fuerzas británicas. *Leji* (Luchadores por la liberación de Israel o Banda de Stern) otro grupo terrorista escindido de Irgún, se opuso al cese de operaciones contra las autoridades británicas decretado por la Agencia Judía en su papel como gobierno en la preparación. Este juego entre radicales sionistas y gobierno moderado se corresponde con la llamada «temporada de caza»: acciones severas contra los partidarios del Irgún y del *Leji*, incluyendo su entrega a los británicos.

El país se desarrolló económicamente durante la guerra, con un aumento de la producción industrial y agrícola, por lo que fue para Palestina un periodo de «boom económico», en el que las relaciones árabe-judías parecían tranquilas. Sin embargo, para la administración británica la situación era muy gravosa, al tener que mantener a 100 000 hombres y sufrir los ataques a instalaciones y a funcionarios de las organizaciones paramilitares judías (Haganá, Irgún y *Leji*). A los daños a la moral y el

prestigio británicos que generó un movimiento de oposición al mandato en el propio Reino Unido exigiendo «traer a los niños a casa», se sumó el retraso de Estados Unidos en enviar el préstamo necesario para evitar la quiebra. Se exigía al Gobierno británico permitir a 100 000 sobrevivientes del Holocausto emigrar a Palestina, por lo que a principios de 1947, este anunció su deseo de poner fin al mandato y pidió a la Asamblea General de las Naciones Unidas que formulara recomendaciones sobre el futuro del país. Y esto para no asumir la responsabilidad de aplicar cualquier solución que no fuera aceptable tanto para la comunidad judía como para la árabe, o para permitir que otras autoridades asumieran la responsabilidad de la seguridad pública antes de la terminación de su mandato el 15 de mayo de 1948. No es verosímil que con estos antecedentes Gran Bretaña acepte de buena gana volver a asumir la administración de este avispero.

Pero para entender el compromiso de los palestinos con la cultura y las tradiciones árabes, es necesario arrancar de la resolución 181 de la Asamblea General de Naciones Unidas, en la que recomendaba una partición con la Unión Económica de Palestina Obligatoria a raíz de la terminación del mandato británico. El plan aprobado en noviembre de 1947 por 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones, era dividir Palestina en un «Estado árabe independiente junto a un Estado judío, y el Régimen Internacional Especial para la Ciudad de Jerusalén»⁶. Los líderes sionistas (incluyendo la Agencia Judía), aceptaron el plan, mientras que los líderes árabes palestinos lo rechazaron y todos los estados musulmanes y árabes independientes votaron en contra de este. Casi inmediatamente, la violencia sectaria estalló y se extendió, matando a cientos de árabes, judíos y británicos en los meses siguientes. Durante cuatro meses hubo una guerra civil, bajo continuas provocaciones y ataques árabes contra el Yishuv, que contaba con unos 630 000 judíos y, sobre todo, con organizaciones paramilitares bien entrenados para la lucha armada. Suele citarse como justificación que voluntarios del Ejército de Liberación Árabe entraron en Palestina para luchar junto a los palestinos, pero muchos de tales voluntarios eran habitantes del antiguo territorio palestino.

⁶ «Independent Arab and Jewish States and the Special International Regime for the City of Jerusalem», en General Assembly, U. N. (1947). Cfr. Naciones Unidas (1981).

La mejor prueba es que la ofensiva de abril-mayo de las fuerzas del Yishuv derrotó a las fuerzas árabes y la sociedad árabe palestina se derrumbó al carecer de estructuras y entrenamiento. Unos 700 000 palestinos atrapados en el caos huyeron o fueron expulsados de sus hogares. Ahí comenzó la diáspora palestina, llamada *Nakba* en árabe, que significa ‘catástrofe’ o ‘desastre’. El 14 de mayo de 1948, David Ben-Gurión y el Consejo del Pueblo Judío declararon el establecimiento de un Estado judío en *Eretz Israel* (la Tierra de Israel), que se conocería como el Estado de Israel. Los Estados árabes vecinos intervinieron para impedir la partición y apoyar a la población árabe palestina. Mientras que Transjordania tomó el control del territorio designado para el futuro Estado árabe, las fuerzas expedicionarias sirias, iraquíes y egipcias atacaron Israel sin éxito. Las batallas más intensas se libraron entre las fuerzas jordanas e israelíes por el control de Jerusalén. El 11 de junio, todas las partes aceptaron una tregua. Israel utilizó la tregua para llevar a cabo un refuerzo a gran escala de su ejército y (según algunos) para llegar a un pacto secreto con los jordanos. En una serie de operaciones militares, durante la guerra conquistó toda la región de Galilea, tanto la zona de Lydda y Ramle como la del Néguev. También logró asegurar, en las batallas de Latrún, una carretera que unía Jerusalén con Israel.

Sin embargo, los países árabes vecinos firmaron los acuerdos de armisticio de 1949 que pusieron fin a la guerra, y han reconocido *de facto* las nuevas fronteras de Israel. La compensación histórica que lograron los palestinos por la destrucción de más de 500 pueblos y ciudades que fueron despoblados y destruidos fue la aprobación por parte de la ONU de la agencia UNRWA (Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo), que en diciembre de 1949 los define como «personas cuyo lugar de residencia habitual era el mandato británico de Palestina entre junio de 1946 y mayo de 1948 y que perdieron sus casas y medios de vida como consecuencia de la guerra árabe-israelí de 1948»⁷.

Los nombres geográficos de todo el país fueron borrados y sustituidos por nombres hebreos, a veces derivados de la nomenclatura histórica palestina, y otras veces nuevas invenciones. Numerosos lugares históricos no judíos fueron destruidos, no sólo

⁷ Asamblea General de Naciones Unidas [1949], «Resolución 302 (IV)». Definición que aparece en la creación de la UNRWA, el 8 de diciembre de 1949, y puesta en funcionamiento en mayo de 1950. V. UNRWA (s. f.).

durante las guerras, sino en un proceso posterior a lo largo de varias décadas. Por ejemplo, más del 80% de las mezquitas de los pueblos palestinos han sido destruidas y se han retirado objetos de museos y archivos. En Israel se promulgaron diversas leyes para legalizar la expropiación de tierras palestinas. Aunque la UNRWA sea la única agencia dependiente de la Asamblea General de la ONU y reconoce el estatuto de refugiado a los descendientes que viven confinados en 58 campos de refugiados, con una población actual de casi seis millones de habitantes, ¿puede esto compensar la limpieza étnica y cultural que el Estado de Israel está llevando a cabo sistemáticamente desde entonces? ¿Qué hay de nuevo en el *genocidio* actual de la franja de Gaza, sino una consecuencia más de la negación del derecho al retorno de los palestinos, reconocido por la ONU, pero nunca facilitado? ¿No es este el último episodio de la *Nakba*?

Todavía en esta primera fase, 350 000 palestinos árabes más huyeron o fueron expulsados de las zonas conquistadas. Es el momento en que los palestinos se identificaron con los árabes, pues el Gobierno de Palestina fue establecido por la Liga Árabe el 22 de septiembre de 1948 para responder a la proclamación de Ben-Gurión. Pronto fue reconocido por todos los miembros de la Liga Árabe, excepto Jordania, cuyo rey Abdullah I aprovechó la ocasión para forjar una nación propia. Aunque se declaró que la jurisdicción del Gobierno abarcaba toda la antigua Palestina obligatoria, su jurisdicción efectiva se limitaba a la Franja de Gaza. El primer ministro de la administración con sede en Gaza se llamaba Ahmed Hilmi Pasha, y el presidente se llamaba Hajj Amin al-Husseini, expresidente del Comité Superior Árabe.

En 1959, el Gobierno de Palestina se fusionó oficialmente con la República Árabe Unida, que era el nombre oficial de Egipto pasando a formar parte de la administración militar egipcia oficial, con el nombramiento de administradores militares egipcios en Gaza. Egipto, sin embargo, tanto formal como informalmente denunció todas y cada una de las reivindicaciones territoriales del territorio palestino, en contraste con el gobierno de Transjordania, que declaró su anexión de la Cisjordania palestina. Las credenciales del Gobierno de Palestina como Estado soberano de buena fe fueron cuestionadas por muchos, en particular debido a la dependencia efectiva no solo del apoyo militar egipcio, sino también del poder político y económico egipcio. No olvidemos, sin embargo, que hasta el golpe de estado de 1952 del coronel Gamal

Nasser las injerencias británica y francesa en la región seguían siendo constantes, sobre todo a cuenta del control del canal de Suez abierto en 1869, pero no liberado de servidumbres hasta 1936.

Poco después de la proclamación del Gobierno de toda Palestina en Gaza, la Conferencia de Jericó nombró al rey Abdullah I de Transjordania, «Rey de la Palestina Árabe». El Congreso hizo un llamamiento a la unión de la Palestina Árabe y Transjordania y Abdullah anunció su intención de anexionarse la ribera occidental. Los otros Estados miembros de la Liga Árabe se opusieron al plan de Abdullah. La presencia de un gran número de inmigrantes y refugiados del ahora disuelto Mandato de Palestina alimentó las ambiciones regionales del rey Abdullah I, quien concedió la ciudadanía jordana a todos los titulares árabes de los documentos de identidad del Mandato Palestino en febrero de 1949, y prohibió el uso oficial de los términos «palestino» y «transjordano», cambiando el nombre del país del Emirato de Transjordania al Reino Hachemita de Jordania. La zona al este del río se conoció como «*al-Diffah al-Sharqiyyal*», o «la orilla oriental». En abril de 1950, con la anexión formal de las posiciones mantenidas por el ejército jordano desde 1948, la zona pasó a denominarse «*al-Diffah al-Gharbiyyal*» o «Cisjordania». Con la unión formal de Cisjordania y Oriente en 1950, el número de palestinos en el reino aumentó en otros 720 000, de los cuales 440 000 eran residentes en Cisjordania y 280 000 eran refugiados procedentes de otras zonas del antiguo Mandato que entonces vivían en Cisjordania. Los palestinos se convirtieron en la mayoría en Jordania, aunque la mayoría creía que su regreso a lo que ahora era el Estado de Israel era inminente.

Si ya era complicada la identidad palestina en 1949 que subiste precariamente en los campos de refugiados, la historia posterior —sobre todo después de la guerra de los 6 días de junio de 1967, la de Yom Kipur en 1973, las intifadas que les permitieron un leve respiro con los acuerdos de Oslo de 1993— se ha complicado mucho más bajo el creciente y asfixiante poder del Estado de Israel que ha usado el terrorismo para constituirse como Estado e impone militarmente su santa voluntad imperialista en la región con la protección de Estados Unidos frente a las resoluciones contrarias de la ONU. Puesto que todas las desgracias que han sufrido desde 1948 vienen de la constitución unilateral del Estado de Israel, no parece tan descabellado que muchos no vean otra salida que la destrucción de su gran enemigo, que quiere *toda la tierra* para

su Estado y pugna por forzar el éxodo de los palestinos árabes. La solución de los dos Estados, que persiguen las resoluciones de la ONU no deja de ser un mal menor.

Puesto que la proclamación del Estado de Israel se hizo contra la voluntad y con la oposición explícita del mundo árabe es cierto que tanto desde Egipto, como desde Siria, como desde Jordania apoyaron a quienes habían sido desplazados de su territorio y temían una invasión de zonas fronterizas que entraban en el ambicioso plan del Gran Israel. Desde los años 50 Egipto, que controlaba ya el canal de Suez, venía poniendo dificultades al tráfico de barcos israelíes. Puede considerarse la guerra del canal de Suez de 1956 un antecedente en el que Israel, de la mano de Gran Bretaña y Francia, derrotó militarmente a Egipto obligándole a abrir el canal al tráfico. Es cierto también que por la presión diplomática de Estados Unidos y Rusia la victoria militar quedó neutralizada. A cambio de retirar sus ejércitos del Sinaí, Israel obtuvo de Egipto el compromiso de detener sus envíos de armamento a las guerrillas que luchaban contra Israel. Como resultado, las relaciones entre Egipto e Israel se tranquilizaron gracias a que un cuerpo especial de la ONU, conocido como UNEF, fue desplegado en la península del Sinaí para interponerse entre israelíes y egipcios. El 17 de mayo de 1967, Egipto solicitó formalmente a la ONU la retirada de las tropas de interposición y comenzó a remilitarizar el Sinaí y la frontera con Israel. El 23 de mayo del mismo año, Egipto bloqueó los estrechos de Tirán, que según Israel contradecía las leyes marítimas de la ONU y era causa de guerra. El 30 de mayo, la presión popular en Jordania logró apartar al rey Hussein de su tradicional alianza con las potencias occidentales y le obligó a unirse a la alianza egipcio-siria, a la vez que otorgaba el mando de sus fuerzas a un general egipcio. El 4 de junio, Irak se sumó a la coalición.

En esta situación, los *palmajik*, que habían llegado a la cúspide del ejército en junio de 1967, emprendieron acciones contra Egipto, Siria y Jordania. En seis días conquistaron Cisjordania, la Franja de Gaza, los altos del Golán y la península del Sinaí, sometiéndolos a un régimen militar. Ante la admiración general por tal eficacia se dice que Israel anexionó a Jerusalén oriental como parte de su capital, aunque esta acción no ha sido reconocida internacionalmente; pero ante el temor de los palestinos Israel también comenzó a construir asentamientos en el territorio ocupado. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó la resolución 242, que promueve la fórmula «tierra por paz», en la que se pedía la retirada de Israel de los territorios

ocupados en 1967, a cambio del fin de todos los estados beligerantes de las naciones de la mencionada Liga Árabe. Los palestinos rebajaron sus demandas de larga data para la destrucción de Israel e hicieron una nueva demanda de autodeterminación en un Estado árabe independiente separado en Cisjordania y la Franja de Gaza similar al área de partición original que los palestinos y la Liga Árabe habían rechazado para la creación de un estado en 1947.

Pero el cambio fundamental que ha servido para explotar sistemáticamente el aparato de propaganda sionista de Israel para convertir a los palestinos árabes, masacrados y sometidos a disposiciones despóticas hasta ahora, en malvados y peligrosos terroristas musulmanes fueron las intifadas (rebeliones populares palestinas). Ahora bien las intifadas no eran en realidad más que movimientos populares en contra de las políticas israelíes que imponían a la fuerza asfixiantes condiciones sociales: altas tasas de desempleo, restricción de movimientos, represión sistemática a toda la población por parte de las fuerzas de ocupación, negativa a reconocer el derecho de autodeterminación del pueblo palestino, así como la oposición a la construcción de estructuras estatales en Palestina, en suma, la ausencia total de posibilidades reales de un futuro digno. Tales fueron los catalizadores de esta sublevación caracterizada por acciones de desobediencia civil generalizada en contra del poder ocupante.

El reclamo popular surgió por el asesinato (o accidente según la versión israelí) de cuatro trabajadores palestinos del campo de refugiados de Jabalia, que fueron embestidos por un camión militar israelí el 9 de diciembre de 1987. Los palestinos afirmaron que la colisión fue una respuesta deliberada por el asesinato de una israelí en Gaza unos días atrás. Dos días después se produjeron los primeros enfrentamientos entre jóvenes palestinos y el ejército israelí. En los días siguientes, se produjeron numerosas manifestaciones en la mayoría de las ciudades palestinas. La respuesta palestina se caracterizó por protestas, desobediencia civil y violencia. Grafitis, barricadas, piedras (de donde proviene el nombre de «revuelta de las piedras») y cócteles Molotov fueron las armas utilizadas contra el ejército israelí y su infraestructura dentro de Cisjordania y la franja de Gaza. Estas acciones se sumaron a los esfuerzos civiles como huelgas generales, boicots a las administraciones israelíes,

negativas a trabajar en productos israelíes, a pagar impuestos o a conducir autos palestinos con placas israelíes.

Al principio la OLP se mantuvo al margen, pero al poco surgió el Mando Nacional Unificado (MNU) que permitió sostener la intifada entre 1987 y 1993⁸. Durante los seis años de la intifada, el ejército israelí asesinó al menos a 1087 palestinos, de los cuales 240 eran niños. Israel fue objeto de críticas por parte de oenegés y Estados occidentales. En este periodo se crearon los movimientos de *Hamás*, apoyado por los Hermanos Musulmanes de Egipto y *Hezbollah*, apoyado por Irán, que actuaba sobre todo en el Líbano. En la Conferencia de Madrid de 1991 se hicieron intentos en el proceso de paz israelo-palestino y en 1993 los israelíes permitieron que el presidente de la Organización para la Liberación de Palestina, Yassir Arafat, regresara a la región⁹.

Tras los históricos Acuerdos de Paz de Oslo de 1993 entre palestinos e Israel, que otorgaron a los árabes palestinos un autogobierno limitado en algunas partes de los territorios ocupados bajo la Autoridad Palestina, y otras negociaciones detalladas, cobraron impulso las propuestas para un Estado palestino. En 1994 se firmó el tratado de paz entre Israel y Jordania, pero los esfuerzos para resolver el conflicto han terminado siempre en un callejón sin salida. Cuando el proceso de paz parecía mejor encaminado gracias a los buenos oficios del militar, diplomático y primer ministro de Israel Isaac Rabin, este judío socialista fue asesinado el 4 de noviembre de 1995 por un fanático de extrema derecha. ¡Qué casualidad! El líder del Likud y futuro primer ministro, Benjamín Netanyahu, que se opuso frontalmente a los Acuerdos de Paz de Oslo, acusó al gobierno de Rabin de estar «alejado de la tradición judía y de los valores judíos». Todavía peor, el asesino Yigal Amir, un exalumno del programa *Hesder*, que combina el estudio de la Torá con el servicio militar, tenía 25 años, era estudiante de Derecho en la Universidad Bar-Ilan, pero no era un extremista fanático aislado, pues seguía la línea que muchos rabinos predicaban en las sinagogas y defendían que Rabin era un traidor, un cripto-nazi, un *rodef*, cuyas iniciativas de paz habían puesto en

⁸ Comité de Solidaridad con la Causa Árabe (ed.) (1991: 321).

⁹ Además de las páginas oficiales de las organizaciones internacionales, de los países implicados y de distintas oenegés que han trabajado en los campamentos de refugiados (*vid.*, por ejemplo, Gálvez, 2025, o el MPDL, que participó activamente en los acuerdos de Madrid de 1993), hay una ingente cantidad de información sobre el conflicto árabe-israelí, del que en este trabajo he intentado destacar los acontecimientos más relevantes. Puede consultarse: Culla (2024) o Pappé (2017) entre otros muchos trabajos.

peligro la vida judía. La polarizada derecha sentía que una retirada israelí de Cisjordania negaría a los judíos su «herencia bíblica que habían reclamado mediante el establecimiento de asentamientos».

El concepto de *din rodef* («ley del perseguidor») que Amir usó como argumento de defensa es parte de la ley judía tradicional, según la cual estaría justificado eliminar a Rabin como una amenaza para los judíos en los territorios. Los que acusan al líder laborista Simón Peres de cobardía por no haber llevado a cabo los Acuerdos de Oslo, que contaban con el respaldo internacional, deberían repasar la polarización derechista que no ha hecho más que crecer en Israel desde entonces. No debería sorprendernos que estos hechos de fanatismo redomado sirviesen para acusar a los árabes palestinos de estar polarizados. Nadie menciona que fotos de Rabin eran distribuidas en las sinagogas con bigote de Hitler y uniformes nazis. Es la misma estrategia de Netanyahu para acusar de antisemita a todos los que se atreven a calificar la guerra de Gaza como un genocidio.

Después de algunos años de negociaciones de ida y vuelta, se produjo un levantamiento contra Israel conocido como la *segunda intifada* o la *rebelión de Al-Aqsa*, que tuvo una repercusión en los medios de comunicación mundiales por los atentados suicidas palestinos en Israel, que causaron la muerte de muchos civiles, y por las invasiones de las fuerzas de seguridad israelíes en áreas civiles, junto con algunos asesinatos selectivos de líderes militantes y organizadores palestinos. La segunda intifada fue la excusa perfecta para construir una compleja barrera de seguridad para bloquear a los terroristas suicidas que cruzaban a Israel desde Cisjordania en 2002. Todavía en esa fecha el «cuarteto» formado por Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y las Naciones Unidas propuso la Hoja de Ruta para la Paz, en la que se pedía la resolución del conflicto con un llamamiento a favor de un Estado palestino independiente defendido por el propio Bush. Gracias a la presión internacional, Israel retiró a todos los colonos y a la mayor parte de la presencia militar de la Franja de Gaza, pero mantuvo el control del espacio aéreo y la costa. Desmanteló cuatro asentamientos en el norte de la Ribera Occidental (Cisjordania) en septiembre de 2005. Sin embargo, tras la retirada de Israel, las milicias palestinas dispararon cohetes Qassam contra Israel y contrabandearon armas y municiones a Gaza desde Egipto. Tras el secuestro de soldados israelíes en junio de 2006, Israel inició una operación

militar y volvió a entrar en algunas partes de la Franja de Gaza. En medio de severas críticas, construyeron la barrera de la Cisjordania israelí. En julio de 2009, aproximadamente 305 000 israelíes vivían en 121 asentamientos en Cisjordania. Los 2,4 millones de palestinos de Cisjordania (según las evaluaciones palestinas) viven principalmente en cuatro bloques centrados en Hebrón, Ramala, Naplusa y Jericó¹⁰.

Puesto que los atentados suicidas van a ser identificados como la técnica característica del terrorismo asociado a la yihad islámica, sobre todo tras los atentados del 11 de septiembre contra las Torres Gemelas de New York, la causa de los palestinos entró en un proceso de desprestigio en Occidente cristiano que el Estado de Israel supo explotar sin dificultad. El uso por teóricos, estudiosos y políticos del término *terrorismo yihadista* en detrimento de otras denominaciones que, a su juicio, son ampliamente contraproducentes al reforzar el punto de vista de los yihadistas y sus seguidores, propicia la idea de que las sociedades occidentales son hostiles al islam por naturaleza y viceversa. Y ya que ideológicamente el yihadismo, como doctrina política, es un ideario teocrático totalitario de corte «antiliberal» y «antidemocrático» que, según sus críticos, «desprecia sistemáticamente la vida humana», a la propaganda judía le resultará muy fácil considerar a los palestinos árabes como una de las amenazas más graves a las que se enfrentan las democracias liberales. En consecuencia, el Estado de Israel consigue así la representación por antonomasia y en exclusiva de las democracias pluralistas occidentales. El carácter teocrático del yihadismo es la mejor excusa para disimular *el propio teocratismo inscrito en los genes y en la médula del movimiento sionista* que consiguió recuperar para el pueblo elegido por Yahvé un enclave territorial casi dos mil años después de su última diáspora.

§ 6. De la transformación de la OLP en el contexto de la globalización y del terrorismo yihadista a la ensoñación distópica de Trump

Para comprender los cambios de percepción sobre el conflicto árabe israelí en Palestina en este siglo XXI y la lentitud de las sociedades occidentales en reconocer la naturaleza genocida de la guerra de Gaza es necesario tener en cuenta la nueva situación generada por el *terrorismo yihadista* y las categorizaciones geopolíticas

¹⁰ Las referencias citadas pueden consultarse en Naciones Unidas (2025) y en Wikipedia (2026).

asociadas a lo que Huntington denomina el *choque de civilizaciones*. No voy a reproducir aquí los debates en torno a la globalización, salvo un somero recordatorio al contexto histórico en que ha surgido el fenómeno del yihadismo, que se asocia al nuevo ciclo histórico que F. Fukuyama definió hegelianamente como «el fin de la historia», entendida como triunfo planetario de la democracia liberal. Como se sabe, los atentados del 11-S derrumbaron esta visión y el proceso de mundialización social, político y cultural, comenzó a verse como resultado de la acción de mercado y de la influencia ejercida por los nuevos medios de comunicación mundiales. De ahí que muchas sociedades se hayan visto permeadas por las influencias culturales del conservador mundo musulmán. Su actual transformación en sociedades semi-modernas, junto con los nuevos cambios sociales introducidos por la influencia occidental y su fallido intento de modernización política debido a la proliferación de estados autoritarios, está alterando los hábitos de estas sociedades y ha sido percibido por muchos de sus miembros como una agresión occidental e inculcado la creencia en la incompatibilidad de modernidad y tradición. En conclusión, el yihadismo puede definirse como una respuesta radicalizada, provocada por una reacción identitaria que pretende reconstruir una comunidad mítica de valores originarios, rechazando el progreso que altera las comunidades tradicionales y la religión. Por esta vía la globalización se vincula con el fenómeno religioso del fundamentalismo¹¹.

Las repercusiones que el auge del terrorismo yihadista sobre el conflicto árabe-israelí es evidente, pero ha sido poco y mal analizado. A partir del 11 de septiembre de 2001 debido al enorme impacto propagandístico de los macro atentados en EEUU, el mensaje yihadista se dio a conocer al mundo entero. La organización terrorista Al-Qaeda se fortaleció como movimiento ideológico e inspiró el comportamiento de miles de personas como guía y referente. De ahí el aumento exponencial del número de simpatizantes y el incremento notable de miembros y actividades de las organizaciones terroristas, un mayor número de atentados, iniciándose la

¹¹ La disputa sobre la globalización se enconó hacia el 2000. Abundaban los textos descriptivos como el de Jacques Adda (1999). Sin embargo, el debate sobre la globalización se había agriado en 1994, cuando la crisis de la economía mexicana se interpretó como un efecto de los peligros que encerraba la nueva situación globalizadora, en la que parecía que son los mercados los que gobiernan, mientras los Estados sólo gestionan. Para este debate que incluye las advertencias catastrofistas de los austriacos Hans-Peter Martin y Harald Schumann (1998), la posición de John Gray y la ofensiva del Banco Mundial v. Hidalgo Tuñón (2026; sobre todo 91 y ss.).

descentralización del fenómeno con la creación de células terroristas independientes. Muchas organizaciones yihadistas son más antiguas que la propia Al Qaeda. La gran mayoría de estas a propuesta de Al Qaeda sellaron un pacto estratégico el 23 de febrero de 1998, al que titularon de «Declaración de guerra contra judíos y cruzados», que mediante una *fatwa* autorizaron los ataques a blancos civiles. Esta red de organizaciones terroristas incluía miembros como la Yihad Islámica Palestina, la Gama'a Islamiya egipcia y muchas más. Al compartir ideología se hicieron suministradores de armas y explosivos, así como de campos de adiestramiento para sus militantes. Se sospecha que reclutaron nuevos socios, como la Hamás palestina, aunque no se sepa a ciencia cierta si Al Qaeda ha logrado su propósito de integrar a la organización palestina, no cabe duda de que las tensiones que se produjeron en la OLP en el momento de la sucesión de Arafat, cuyo pasado terrorista en los 70 sirvió de modelo al yihadismo para atacar a Occidente, se entiende mucho mejor al tomar en cuenta este contexto.

Es interesante recordar a este respecto que en todos los procesos de medición para la paz Mahmud Abás, nacido en Safed (1933), que estudió en Siria y Egipto e hizo una tesis doctoral en Rusia sobre *La relación secreta entre nazismo y sionismo*, es una figura central, cuya importancia no ha sido suficientemente valorada por ser objeto de constantes críticas y polémicas. En sus memorias escribió Abás, como artífice de los Acuerdos de Oslo:

Este acuerdo lleva en sus entrañas o bien un Estado independiente, o bien la consagración de la ocupación. Todo depende de nuestra mentalidad a la hora de abordarlo. [...] Somos un pueblo cultivado. Como individuos, hemos hecho mucho por todo el mundo. Ahora llega la pregunta: ¿podemos construir las instituciones que permitan reconstruir esta tierra quemada? La mentalidad de la revolución es muy distinta de la mentalidad del Estado. Todos debemos ponernos nuevos trajes y pensar con nuevas mentes si queremos construir este Estado. [Abás, 1995; cit. en Black, 2017: 322]

Sospechoso de colaborar con las ocupaciones palestinas por reconocer legitimidad al Estado de Israel y haber accedido a visitar su ciudad natal, Safed, sin vindicar su residencia en ella; sospechoso tanto de pertenecer a la KGB como de ser impuesto por Estados Unidos para ser el interlocutor de los palestinos ante las potencias europeas, Abás ha demostrado su capacidad de negociación tanto para moderar los arrebatos

bélicos de Hamás (organización sunita que ha sido declarada como «terrorista» por Estados Unidos y muchos países occidentales), como para desbloquear los fondos internacionales de las ayudas económicas, sanitarias y culturales para los palestinos confinados en su territorio. Entre sus logros está haber logrado el reconocimiento de la Autoridad Nacional Palestina como observador permanente de la ONU en 2012, lo que permitió autodenominarse en 2013 Estado de Palestina.

Hasta llegar a este resultado, Abás tuvo que superar la crisis de la sucesión de Arafat. Durante la segunda intifada se produjo un enfrentamiento directo por el control del poder en la OLP entre el partidario de la lucha armada como camino hacia la diplomacia que Arafat defendía y el más diplomático Abás que pugnaba por una estrategia pacificadora. Tras la muerte de Arafat en 2004, Abás fue elegido como sucesor en la presidencia, pero tal vitoria no fue reconocida por Hamás y los radicales palestinos. El escarpado camino que comenzó el 16 de enero de 2006, cuando ya se veía venir la debacle electoral de su partido Fatah y un posible gobierno de Hamás en solitario, le llevó a realizar declaraciones contradictorias acerca de la terminación de su mandato al frente de la OLP. Las potencias occidentales se opusieron a un gobierno de Hamás en solitario y comenzaron a imponer sanciones y boicots a los palestinos, lo que derivó en conflictos políticos y militares entre Hamás y Fatah, en la división del país en dos regiones separadas y aisladas (Gaza y Cisjordania-Jerusalén Este) y en la imposibilidad de realizar nuevas elecciones. En palabras del historiador inglés Ian Black (2017: 411), «la palabra *boicot* se convirtió en un símbolo de la hipocresía de los gobiernos occidentales, que llamaban a la democracia (aunque apoyaban a su dictadores árabes favoritos y les vendían armas sofisticadas) pero ignoraban sus resultados».

Mahmud Abás advirtió a la organización Hamás el 8 de octubre de 2006 que convocaría nuevas elecciones legislativas si Hamás no aceptaba un gobierno de coalición que reconociese la legitimidad del Estado de Israel. Abbas permaneció como presidente después de que expirase su mandato el 15 de enero de 2009, primero anunciando que prolongaría su estancia en el cargo un año más, haciendo su propia interpretación de la ley Básica y de la ley Electoral para hacer coincidir las siguientes elecciones presidenciales y parlamentarias. Hamás señaló la Constitución de Palestina para denunciar la invalidez de esta medida, declarando que el mandato de Abás había

expirado y que, por lo tanto, el portavoz del Consejo Legislativo Palestino, Aziz Dweik, era el presidente palestino en funciones. El 16 de diciembre, la cúpula del Consejo Central Palestino anunció la extensión indefinida del mandato de Mahmud Abás como presidente. Desde entonces, Abás continuó ejerciendo como presidente palestino en Cisjordania y Jerusalén Este hasta que, en abril de 2014, Hamás retiró sus objeciones con el fin de lograr la unidad de la causa palestina mediante la creación de un gobierno de unidad con Fatah. En noviembre de 2024, sin embargo, Abás ha reconocido la legitimidad de la lucha armada al ver que el giro ultraderechista del gobierno de Israel había hecho retroceder la causa palestina y Hamás parecía estar favoreciendo la insidiosa estrategia manipuladora del Mossad israelí.

Y es que para el anciano Abás llueve sobre mojado. Desde 2007 hasta 2017, Hamás que había sido potenciada por Israel para dividir a la OLP (una operación similar a la de Estados Unidos en Afganistán con los talibanes) asumió el gobierno de la Franja de Gaza, mientras su rival político, Fatah, mantenía el control de Cisjordania. En septiembre de 2017 se inició un acercamiento entre Hamás y Fatah. El 2 de octubre la ANP regresó a Gaza y el 12 de octubre se firmó en El Cairo un pacto de conciliación por el que se acordó la creación de un gobierno palestino de unidad, la convocatoria de elecciones generales y el traspaso del control del paso fronterizo Rafah entre Gaza y Egipto a la Autoridad Nacional Palestina (ANP).

Conviene citar estos antecedentes para entender los sesgos de la actual guerra de Gaza y los comportamientos diferenciales que se producen en Cisjordania, por mucho que la propaganda israelí haya infectado de bulos el conflicto con Palestina ocultando su participación en el manejo de las claves tecnológicas que subyacen a muchas de las acciones bélicas. En particular, Israel a través de sus servicios secretos (el Mossad) ha llevado a cabo la persecución y el asesinato selectivo de muchos de los líderes de Hamás, lo que ha desembocado en la actual guerra de Gaza, en la que intenta mediar Trump.

Lo que pasa hoy por ser calificado como un atentado terrorista de Hamás respondido por Israel con una guerra, dados los antecedentes bélicos de las brigadas yihadistas, como la de los Mártires de Al-Aqsa, permitieron a las facciones más derechistas del gobierno de Netanyahu declarar una guerra sin cuartel contra todos los gazatíes para lograr su exterminio. El 7 de octubre de 2023, Hamás inició la ofensiva

en el sur de Israel, en la que fuerzas palestinas lograron tomar terreno israelí y mantenerlo bajo su poder durante un cierto tiempo. Israel sufrió la mayor pérdida de vidas humanas en un solo día en la historia, pues las 1200 víctimas civiles superaron las de la segunda intifada. A los disparos de gazatíes contra las cámaras de seguridad siguió un bombardeo de precisión con drones sobre los sistemas de vigilancia perimetrales israelíes, un fallo de seguridad poco creíble para los servicios del Mossad, lo que sugiere una complicidad secreta con Hamás, que logró lanzar cohetes hacia diversas ciudades israelíes mientras un grupo de comandos traspasaba la frontera con parapentes motorizados y bulldóceres. Al tomar el paso de Erez unos 1500 milicianos cruzaron la frontera en camionetas y motocicletas para atacar puestos militares cercanos a la Franja e infiltrarse en las localidades y kibutz cercanos. A tres kilómetros de la frontera, los milicianos de Hamás masacraron a los asistentes a un festival de música y en Sederot se atrincheraron en una comisaría, mientras en localidades más pequeñas mataron y/o secuestraron a los habitantes que encontraron. Los 200 rehenes trasladados al interior de la Franja de Gaza fueron objeto de arduas negociaciones a lo largo de un conflicto que ha durado más de dos años, aunque el ejército israelí tardó poco más de dos días en recuperar las localidades en su territorio.

No es preciso hacer un balance, aunque sea provisional, de las más de las 72 000 víctimas que distintas fuentes totalizan en esta guerra que no ha cesado pese al alto el fuego decretado por Trump, quien pretende venderse como el paladín de la paz, para plantear las cuestiones de fondo. Que la FIFA haya creado un premio de la Paz para congraciarse con Trump no deja de ser un síntoma más de la marea retrógrada que estamos viviendo en este momento. Pero no se trata ni tan siquiera de la pérdida de prestigio que está sufriendo el Premio Nobel de la Paz.

La primera cuestión de fondo que plantea el genocidio de Gaza concierne al papel que puede seguir desempeñando la ONU después de que haya permitido la muerte en los ataques de 310 trabajadores de la UNRWA (es decir de empleados suyos) sin haber sido capaz de aprobar ni poner en práctica sus continuas resoluciones para obligar al Estado de Israel a cumplirlas, ni haya procedido a la sanción que merece: la expulsión. Y es que si la ONU es incapaz de condenar sin paliativos (no ya de evitar) que se asesinen a mujeres (10 000 muertas y 19 000 desaparecidas), niños (20 200 muertos y 40 500 desaparecidos); se ataque a los hospitales y sanitarios que atienden a

los heridos (más de 1600 trabajadores muertos en acto de servicio); se dispare intencionadamente a periodistas y académicos para evitar que el mundo conozca las atrocidades que se están cometiendo (más de 260 periodistas y de 120 académicos); entonces a nadie debe extrañar que los países árabes y africanos se vayan poniendo poco a poco bajo el paraguas más benevolente de los Acuerdos de Shanghái. Y es que la tradicional crítica a China de no apoyar de Declaración de los Derechos Humanos palidece ante algunas de las acciones militares de Israel en territorio palestino en las que la comunidad internacional contempla en vivo y en directo violaciones al derecho internacional humanitario calificables como *crímenes de guerra* (incluyendo el empleo contra población civil de armamento prohibido como el fósforo blanco, así como el corte de suministros a la población civil y la orden de evacuación de civiles bajo amenaza de un ataque inminente, sin que existan lugares seguros donde ir ni una forma segura de llegar).

Dejando de lado la guerra de cifras, a estas alturas es evidente que las víctimas civiles superan el 80% del total y que el propio ejército israelí ha reconocido que el mayor número de bajas en su ejército no son muertos ni heridos, sino soldados con problemas mentales. A la vista de la masacre de niños y de víctimas por inanición, así como los asaltos a instalaciones médicas y hospitalarias que constatan las revistas médicas más prestigiosas, como *The Lancet*, el propio secretario general de la ONU, António Guterres, ha denunciado el pasado noviembre que la Franja se está convirtiendo «en un cementerio de niños, con cientos de niños y niñas muertos o heridos cada día», sin olvidar al elevado número de trabajadores de la ONU asesinados, «más que en cualquier periodo comparable de la organización». Dada la obvia complicidad de Trump con la ignominia de Netanyahu, ¿no es obvio que el mundo está necesitando un cambio de liderazgo? ¿Y acaso no es cierto que la ignominia de Netanyahu es de tal calibre que constituye el talón de Aquiles para el propio liderazgo mundial de Estados Unidos?

Pero, además de la cuestión geoestratégica, hay otras cuestiones de fondo que conciernen específicamente a Palestina. ¿Hasta qué punto es viable un Estado árabe palestino en dos territorios alejados entre sí, uno de los cuales (Cisjordania) está cada vez más agujereado por asentamientos israelitas de colonos blindados con murallas y controlado por fuerzas militares, y el otro (Gaza) totalmente destruido por

bombardeos y con una población arrasada psicológicamente por el hambre, la desorganización y milicias bélicas internas descontroladas que siguen asesinando indiscriminadamente? ¿Basta para conseguirlo con el tibio apoyo de los Estados soberanos en la ONU y el activismo de oenegés interesadas más que nada en garantizar la supervivencia de sus habitantes, restaurando los servicios hospitalarios y las escuelas?

La tercera cuestión de fondo concierne a la dispersión de los dos pueblos en conflicto que en su mayor parte viven y se reproducen fuera del territorio en disputa. Según las estadísticas más actualizadas de distintas fuentes hay unos 18 millones de descendientes del pueblo judío, de los que unos siete millones viven en Israel y el resto dispersos por más de cincuenta países, la mayoría occidentales, siendo Estados Unidos el más nutrido con unos seis millones de judíos, seguidos de Francia con medio millón y otros países de la Unión Europea que totalizan otro millón. Argentina, Chile, Brasil, Canadá y México cuentan con comunidades judías numerosas e influyentes, como lo demuestra el caso de la actual presidenta de México, Claudia Sheinbaum Pardo, que es de ascendencia hebrea como otros 60 000 de sus compatriotas. También las estadísticas más actualizadas muestran que los 16 millones de descendientes palestinos viven en su mayoría fuera del territorio en disputa. No obstante, el pueblo palestino está menos disperso, porque, aunque Cisjordania cuenta con unos tres millones y la Franja de Gaza con unos dos millones, hay unos tres millones en Jordania, millón y medio en Israel y más de dos millones repartidos entre Líbano, Siria, Arabia Saudí y Catar. Es decir, si contamos con los palestinos que viven en los Emiratos Árabes Unidos, Egipto, Kuwait, Yemen e Irak, vemos que hay más de doce millones de palestinos ubicados en las proximidades del territorio en disputa. De ahí se sigue una conclusión obvia y es que la pretensión de acabar o exterminar a los palestinos que predica el fundamentalismo religioso judío es absurda y tiene pocos visos de prosperar, salvo a través del reconocimiento de la legitimidad de la independencia de los países limítrofes como ha ocurrido con el caso de Jordania, que implica aglutinar la descendencia palestina bajo otras banderas nacionales. Pero en el pacto con Jordania lo esencial fue ponerse de acuerdo en el control de las aguas del río Jordán.

Pero no es sólo que genéticamente judíos y palestinos estén emparentados, por lo que el exterminio sería una alternativa autopunitiva inejecutable, sino que el

verdadero objetivo del sionismo no puede ser más que el de anular políticamente a la población árabe, que son sus enemigos religiosos naturales. Es interesante a este respecto señalar los cambios demográficos que ha traído aparejada la globalización. A finales de 2023, 139 países reconocían oficialmente al Estado de Palestina, lo que demuestra el acierto de la estrategia diplomática de Mahmud Abás. Pero ante la ignominia de Netanyahu en la guerra de Gaza no ha tenido más remedio que justificar la resistencia armada contra las políticas de ultraderecha del gobierno de Netanyahu.

Para Hamás la solución que propone Abás es pura sumisión. Pero en su intervención ante la ONU, Abás criticó el «genocidio» israelí en Gaza y abogó por un control gubernamental palestino del enclave sin la participación de Hamás. Esta postura no excluye defender a la población palestina con un ejército propio, pero este equilibrio diplomático sigue generando tensiones y críticas desde el sector islamista, que ve en estas declaraciones un apoyo a las posturas extremas de Israel. Izzat al-Rishq, alto dirigente de Hamás, expresó su descontento con las posiciones de Abás lamentando que este apoye las demandas de desarme en un momento crítico para la región, cosa que el diplomático se ha apresurado a rectificar. Al-Rishq aboga por un frente unido y una estrategia de resistencia nacional frente a lo que califica como una «ocupación fascista». Está claro, además, que entre los seis millones de judíos que viven en Estados Unidos hay muchos que desaprueban las políticas fundamentalistas y genocidas de Netanyahu y dudan de que Israel cumpla los estándares democráticos, pero son tan incapaces de cambiar el apoyo sistemático de su gobierno al Estado de Israel como lo son los 103 000 palestinos que viven allí. Las divisiones internas entre los palestinos dificultan cada vez más una solución pacífica del conflicto.

Con estos problemas de fondo los veinte puntos de la propuesta de Trump para la pacificación de la región no pasan de ser una ensoñación distópica como la del *resort* de vacaciones que difundió con la ayuda de la IA. La franja de Gaza nunca fue un desierto despoblado que los bombardeos sistemáticos de las ciudades pretendieron lograr y en dos años no han conseguido. La muerte o asesinato de unos 100 000 palestinos en la Franja de Gaza ha significado la eliminación de un 5% de la población y todos los analistas coinciden en señalar que Hamás reconstruye su poder con facilidad a medida que el ejército israelí abandona sus posiciones. Aunque muchas de las armas utilizadas por Hamás proceden de Rusia (como el misil antiaéreo 9M32

Strela), China o Irán (como el fusil de francotirador AM-50 Sayyad), también aprovechan y reciclan lo incautado al propio ejército israelí como misiles y bombas que no explotan y armas averiadas. Cumplido el primer punto del plan de Trump que era lograr la devolución de los rehenes, el resto de los cuerdos parece haberse estancado.

Por mucho que el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas haya aprobado una resolución a propuesta de Estados Unidos para otorgar a una fuerza internacional la capacidad para «garantizar el proceso de desmilitarización de la Franja de Gaza», nadie ha concretado cómo puede llevarse a cabo semejante tarea. Del mismo modo que ningún país quiso comprometerse a recibir los dos millones de palestinos que Israel y Trump quieren expulsar de la Franja de Gaza, tampoco ahora hay países dispuestos a prestar sus fuerzas armadas para nutrir esa fuerza internacional de ocupación por temor a enfrentarse a la bien organizada fuerza militar de Hamás. Azerbaiyán e Indonesia han sido mencionados como posibles participantes en esa fuerza, pero han excluido tener que enfrentarse a Hamás. Por lo demás, aparte de que los posibles candidatos a prestar soldados para garantizar la paz se niegan a encargarse de desarmar a Hamás, que supone asumir las funciones que el ejército israelí no ha podido cumplimentar, el Comando Central de Estados Unidos (CENTCOM) que elabora un plan para sustituir al ejército israelí y formar a 4000 agentes palestinos, apenas propone llevar una fuerza de 8000 soldados para garantizar las rutas que permitan que la ayuda humanitaria llegue a sus destinatarios. Es obvio que Hamás no está dispuesta a tolerar fuerzas de interposición que se involucren en el desarme de sus milicias. Los palestinos según Husam Badrán que parece aceptar ya el despliegue de una fuerza internacional de interposición, al que se opuso siempre, añade que «los palestinos no pueden aceptar que ninguna fuerza —independientemente de su nacionalidad— ataque a civiles, entre en sus casas o intente encontrar sus armas personales». De ahí que entre los vetos de Israel a Turquía y las objeciones de Hamás, la desmilitarización de la Franja de Gaza no parece posible sin cambiar las condenas que pesan sobre el partido Hamás que ha ganado siempre las elecciones desde 2006 en la Franja. Puesto que las condenas por «terrorismo» ha sido levantada, como hemos visto, tanto a organizaciones judías (el grupo Irgún de Menachem Beguín), como a organizaciones palestinas (el grupo Al Fatah de Arafat),

no parece que la lucha armada sea un impedimento para los movimientos de liberación nacional.

El plan de paz del gobierno de Trump estipula que la administración de Gaza quedaría a cargo de manera temporal de un «comité palestino tecnocrático», que a su vez estaría supervisado por una Junta de Paz, que sería presidida por el propio Trump. El nombre de Tony Blair que desempeñó al cargo de enviado al Oriente Medio después de dejar de ser primer ministro cuenta ya, sin embargo, con la oposición de Hamás, que en cambio aceptan la mediación de Nickolai Mladenov, que había trabajado para la ONU en las negociaciones entre Israel y los palestinos. Lo cierto es que en este punto tampoco parece haber avances y que los funcionarios estadounidenses encargados del plan no son tan locuaces como su jefe. Un presidente que no hace más que amenazar y está ganando cada vez el máximo descrédito metiendo al mundo en una guerra contra Irán para librar a su amigo, el genocida Netanyahu, de los juicios por corrupción que le aguardan en su propio país.

Bibliografía

- Abás, Mahmud (1995), *Through secret channels: the road to Oslo*. United Kingdom, Garnet Publishing.
- Adda, Jacques (1999), *Globalización de la economía*. Madrid, Sequitur.
- Albiac, Gabriel (1987), *La sinagoga vacía: un estudio de las fuentes marranas del espinosismo*. Madrid, Hiperión.
- Anónimo (2012), *El Zohar: el libro del esplendor* (Carlos Giol Llobet). Barcelona, Obelisco.
- Asamblea General de Naciones Unidas [1949], «[Resolución] 302 (IV). Ayuda a los refugiados de Palestina», en *Naciones Unidas*, <[https://docs.un.org/es/a/res/302\(IV\)](https://docs.un.org/es/a/res/302(IV))>, [19/01/2026].
- Black, Ian (2017), *Enemies and Neighbours: Arabs and Jews in Palestine and Israel, 1917-2017*. New York, Penguin Books.
- Comité de Solidaridad con la Causa Árabe (ed.) (1991), *Intifada: la voz del levantamiento palestino* (Carlos Varea, pres.; Majed Dibsi, prólg.). Tafalla, Txalaparta.
- Culla, Joan B. (2024), *Israel. La tierra más disputada: del sionismo al conflicto de Palestina*. Barcelona, Península.
- Estefanía, Joaquín (2000), *Aquí no puede ocurrir: el nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Taurus.
- Estefanía, Joaquín (1996), *La nueva economía: la globalización*. Madrid, Debate.
- Gálvez, Alejandro (2025), «10 claves para entender el conflicto palestino-israelí», en *Amnistía Internacional*, 22 de octubre, <<https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/blog/historia/articulo/ocho-claves-para-entender-el-conflicto-palestino-israeli/>>, [10/01/2026].

- General Assembly, U. N. (1947), «Resolution 181 (II). Future government of Palestine», en UNISPAL, [https://doi.org/10.57027/eikasía.133.1265](https://web.archive.org/web/20120525075000/http://domino.un.org/unispal.nsf/9a798adb f322aff38525617b006d88d7/d442111e70e417e3802564740045a309?OpenDocument#In%20fa your%3A%20Australia%2C%20Belgium%2C%20B>», [19/01/2026].</p>
<p>Gray, John (2000), <i>Falso amanecer: las ilusiones del capitalismo global</i>. Barcelona, Icaria/ [1998].</p>
<p>Hidalgo Tuñón, Alberto (2026), «En el corazón de la tormenta retrógrada: la disputa sobre la globalización», en <i>Eikasía, Revista de Filosofía</i>, n.º 133, pp. 81-129, <, [01/02/2026].
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2024), «La nueva historia de la singularidad europea contada por el tornalindo Fernando Pérez Herranz», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 120, pp. 7-69, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.120.841>>, [10/12/2025].
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2001), «La globalización como fetiche», en *Tiempo de Paz*, n.º 60. Madrid, MPDL, pp. 17-30.
- Hidalgo Tuñón, Alberto (2000), «Estrategia y miserias del proceso de globalización» en Sergio Rodríguez G. (coord.), *La posibilidad de seguir soñando: las ciencias sociales de Iberoamérica en el umbral del siglo XXI*. Gijón, Literastur.
- Kaplan, Aryeh (1990), *Sefer Yetzirah. The book of Creation*. York Beach, EEUU; Samuel Weiser. Hay una traducción al castellano de Eduardo Madirolas para el Equipo Difusor del Libro, S-L. Madrid, 2006.
- Lawrence, T[homas]. E[dward]. (1986), *Los siete pilares de la sabiduría* (Alberto Cardín, trad.). Gijón, Júcar. Col. Júcar Universidad, 2 vols.
- Martin, Hans-Peter y Schumann, Harald (1998), *La trampa de la globalización*. Madrid, Taurus.
- Morgenthau, Henry (2009), *Ambassador Morgenthau's Story*. Cornell University Library.
- Naciones Unidas (2025), «Israel continúa la demolición de hogares y la destrucción de un campo de refugiados palestinos en Cisjordania», en *Noticias de la ONU*, 16 de diciembre, <<https://news.un.org/es/story/2025/12/1540921>>, [09/01/2026].
- Naciones Unidas (1981), *La condición jurídica de Jerusalén*. Nueva York, <https://unispal.un.org/pdfs/StatusJerusalem_1981studyS.pdf>, [19/01/2026].
- Nebel, Almut *et al.* (2000), «High-resolution Y chromosome haplotypes of Israeli and Palestinian Arabs reveal geographic substructure and substantial overlap with haplotypes of Jews», en *Human Genetics*, vol. 107, n.º 6, pp. 630-641.
- Pappé, Ilan (2017), *Los palestinos olvidados: historia de los palestinos de Israel*. Madrid, Akal.
- Parfitt, Tudor (1987), *The Jews in Palestine, 1800-1882*. Woodbridge, Royal Historical Society/Boydell.
- Pérez Herranz, Fernando M. (2024), *Más allá de imperios y naciones, vol. 4: el fin de la arrogancia feudal-nacional europea*. Oviedo, Eikasía.
- Scholem, Gershom (1983), *Sabatai Tsevi : le messie mystique*. Paris, Verdier.
- The World Bank (1995), *Global Economic Prospect and the Developing Countries (1995)*. Washington D. F., <<http://documents.worldbank.org/curated/en/668451468765566266>>, [03/06/2025].
- UNRWA (s. f.), «Who is a palestine refugee?», en *unrwa.un.org*, <<https://web.archive.org/web/20081016160636/http://www.un.org/unrwa/refugees/whois.html>>, [19/01/2026].
- Wikipedia (2025), «Conflicto israelí-palestino», en *Wikipedia*, 18 de mayo, <https://es.wikipedia.org/wiki/Conflicto_israel%C3%AD-palestino>, [09/01/2026].

Imagen I, fuente, *Wikipedia:* Wickey-nl - Trabajo propio, based on <http://www.ochaopt.org/documents/ochaopt_atlas_opt_general_december2011.pdf on [1], CC BY-SA 3.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=31797179>>, [01/03/2026].